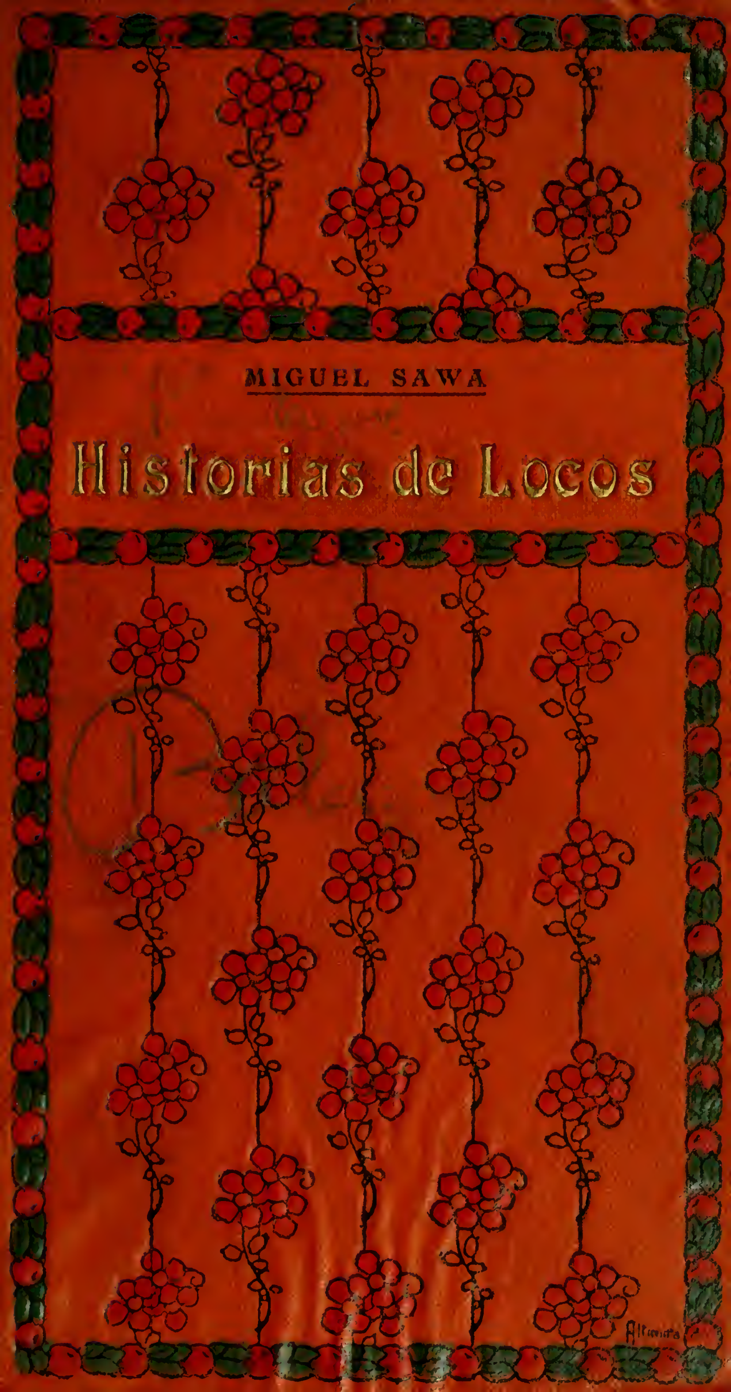
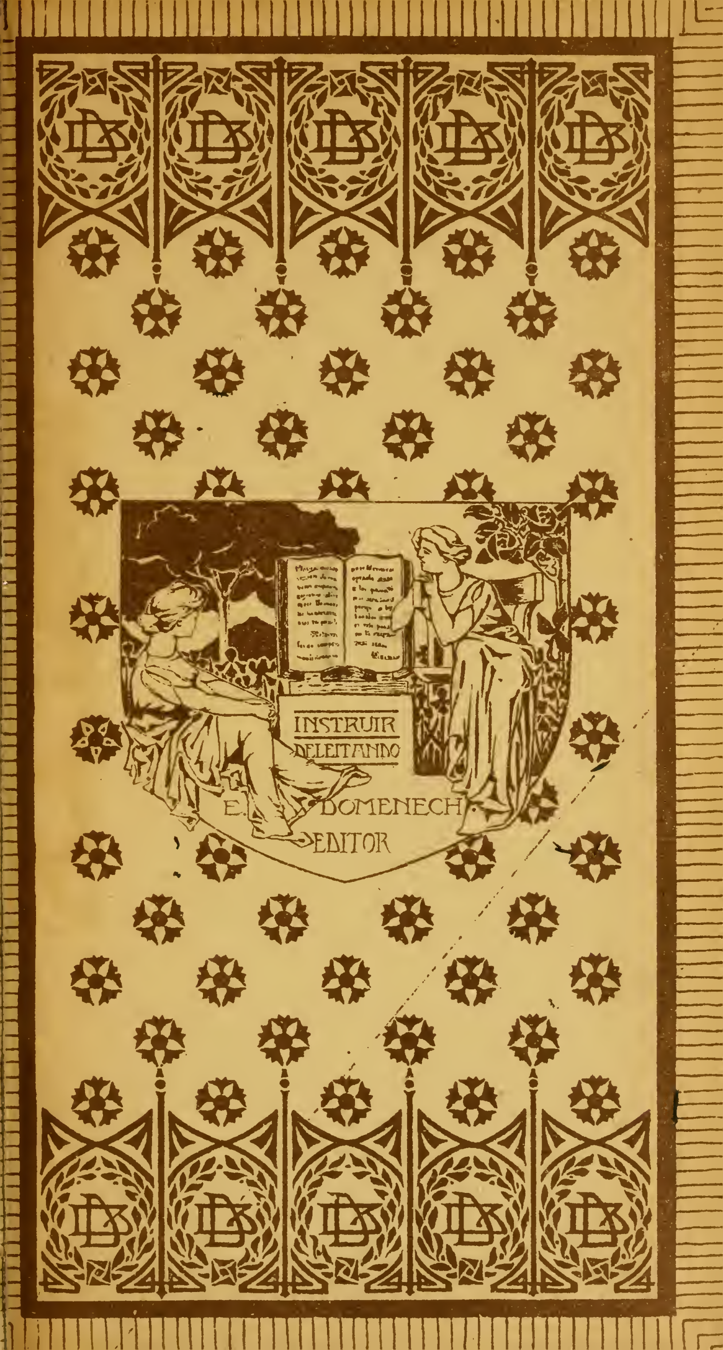

MIGUEL SAWA
Historias de Locos
Alcántara


INSTRUIR
DELEITANDO
E. DOMENECH
EDITOR


INSTRUIR
DELEITANDO
DOMENECH
EDITOR


HΣSPΣRIA
LIBROS
Pl.Jose Antonio.10 - ZARAGOZA

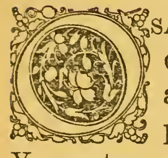
HISTORIAS DE LOCOS



A MANERA DE PRÓLOGO



I

SA engañarte y soñar» dice el viejo Schiller. Y añade Guyau: «Esta es la propia divisa del arte». Y nosotros precisamos: del arte romántico.

El arte romántico cuyas últimas estribaciones ciñen todavía nuestro horizonte, ha sublimado el más cruel engaño y el más perenne sueño: la locura. La luna, diosa cansina de los pensamientos fijos y melancólicos, arrebata á sus elegidos el equilibrio del común sentir, el señorío de la mente, la paz armoniosa de la vida íntegra; y libertando la fantasía de todo vínculo y represión la torna

fugaz, divagadora, inasequible, miserablemente libre como un ave ciega.

Pero el hombre primitivo que está en nosotros, venera la locura como sus congéneres de la prehistoria. Que tal dolencia es asombrosa, y en su gravedad y maravillas se advierte la huella de una energía divina. Y hay más; la locura, que nos pareció á veces sobrehumana, nos produce asimismo efectos de simpatía y de singular revelación, porque con sus fenómenos, sin darnos cuenta, habíamos intimado secretamente. Pues si es evidente que coincidimos en creer que ciertos delirios, ciertas aberraciones tenidas por locura han sido vehículo de profecía, inspiración poética ó fiebre inventora, si todos hemos temido alguna vez, departiendo con un loco, ser nosotros, los cuerdos, quienes estuviésemos desalumbrados y ciegos; ¿quién por otra parte no ha experimentado alguna vez, sentado en un ruedo de personas comedidas y normales, como en los senos de su espíritu tomaba con-

sistencia un humorismo inarticulado, una visión engañosa ó un desvarío sentimental, inmediatamente repelidos, pero que con todo no han hecho sentir por un instante el aura imprecisa de la locura?

Por esto creemos que la reivindicación de la locura para el genio, que fué una de las conquistas del romanticismo, descansaba sobre un énfasis vano. Porque todos los hombres tienen su parte de locura, aun los más llanos y humildes; todos, en ciertas ocasiones, se han dado cuenta de una dispersión incipiente de sus facultades, y podrían declarar, si no se lo vedara cierta excusable superstición, cual es el asidero que el engaño fatal y decisivo, hallaría en su mente; cual es la preocupación tenaz, el recuerdo invencible, el espectro de una ley de herencia ó el remordimiento de un delito que fácilmente rendiría al vago poder enemigo la codiciada fortaleza.

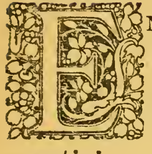
Aun desde un punto de vista de mero provecho y granjería, no en balde buscamos la paz en la ora-

ción, desvanecedora del agobio y pesadumbre que nos causa nuestra propia naturaleza; y en la efusión que nos libra de los pánicos de la soledad y las disminuciones del egoísmo; y en el trabajo y el juego, que templan cada cual á su modo el espíritu haciéndolo resistente y elástico. Y no habrá sido en balde, porque con tan nobles medios vencemos algo más espantoso que la muerte, algo que, como la muerte, viene con la cautela del ladrón.

La vida del espíritu es una lucha con la locura, y uno de los medios más donosos de vencerla, es engarzarla en cuentos.



II



N España, el más alto héroe, el de más inmortales hazañas, fué un loco, Don Quijote. El romanticismo de España es el culto inconsciente á una especie de locura. La desigualdad pasmosa, ó si se quiere, trágica, que ofrecen las obras de nuestros grandes ingenios y las empresas de nuestros grandes organizadores, revela un principio de desasosiego y de caos en el espíritu nacional. Nuestro idealismo nos embriaga más que el vino. ¿Qué secreta virtud de la tierra hace á nuestros hombres cenceños y graves, de mirar

iluminado, y aparente sequedad y realismo, que disfrazan mal la insólita pujanza del espíritu? El loco decimos, por la pena es cuerdo. Acaso nuestra raza indomable necesita del freno de innúmeros quebrantos y reciedumbres para que exteriormente se sujete, y viva conformada, aunque sin dulce apego á las cosas, sin el sentido minucioso de su riqueza, y sin el gusto siempre vario de sus consuelos.

La literatura que cuenta entre sus obras inmortales á *Don Quijote de la Mancha* y el *Licenciado Vidriera,* y que parecía haber agotado no solo los recursos dramáticos de la locura, sino aun sus donaires y sutilidades, como en *La Fingida Arcadia,* realiza hoy una nueva incursión al país fantástico de la demencia. Los CUENTOS DE LOCOS, deliciosa obra póstuma de Sawa, son fruto de la amorosa coyunda de nuestro genio nacional y la corriente literaria moderna, la cual desarticulando el idealismo de la realidad halló altísimas representaciones en la prodigiosa su-

gestión de Poe, en la refinada incoherencia de Maeterlinck, ó en el extraño iluminismo de Villiers.

De aquí que los CUENTOS DE LOCOS sean eminentemente españoles y eminentemente modernos, obra, por raro acierto, autóctona y universal.



III



EAN ahora todos á su sabor la obra póstuma de Miguel Sawa, el brillante narrador y periodista, arrebatado á nuestra compañía en el período de la vida en que la producción artística conserva todo el brío de la mocedad y adquiere ya la sazón que delata lo definitivo (en 1866-1910).

En la memoria de cuantos rinden pleitesía á las letras ibéricas, están sus afortunadas empresas literarias, y el *fascino* de simpatía de toda su labor. En sus libros, en sus artículos en sus campañas, Sawa se mostró siempre castizo y moderno á la par,

y tan brillante como sobrio. El eminente escritor andaluz se conquistó con su rica y varia labor honrosísimo lugar entre los actuales briosos renovadores de la literatura castellana, y merece hoy, con las más dulces flores del recuerdo, la grave sombra del laurel.

Pero en sus CUENTOS DE LOCOS es quizá donde aparece más sutil su humorismo, más firme su diálogo, más primorosamente tallada su frase. CUENTOS DE LOCOS es además una obra eminentemente representativa de la actual pasión psicológica, de la sutilización literaria y del estetismo.

Sea pues este libro consolidación invencible del renombre de Sawa, y granjéele el amor entrañable de los hombres, más venturoso monumento que los mármoles y bronces.

EMILIO VALLÉS



JUDAS



STABA en el Museo contemplando extasiado el hermoso cuadro de Van Dyck «El beso de Judas.»

De pronto sonó una voz detrás de mí, una voz queda y lúgubre, que me hizo estremecer de espanto.

—¿Verdad, caballero, que yo tengo cierto parecido físico con el discípulo traidor del Hijo de Dios?

Me volví asustado.

El que me hablaba era un hombre de alta estatura, vestido completamente de negro, el cabello y la barba del color del azafrán, los ojos saltones, la piel colgante, amarilla por la ictericia...

—Y vea usted lo que son las coincidencias—añadió el desconocido—

también me llamo Judas como el que vendió á Cristo.

Y sonriéndose tristemente:

—Pero no desconfíe usted de mí... Crea usted que en el fondo soy un buen hombre.

Y agarrándose de mi brazo, como si fuéramos amigos de toda la vida, me invitó á tomar un bock de cerveza.

Yo le seguí maquinalmente, entre asustado y curioso.

Ya en el café, el extraño personaje me contó su historia entre bock y bock de cerveza, hablando siempre con aquella voz queda y lúgubre, que daba escalofríos. No tenía nacionalidad conocida; era judío y había nacido de cualquier madre y de cualquier padre, no sabía dónde. Vivía solo en el mundo, sin mujer, ni hijos, ni amigos. Practicaba la medicina, aunque no era médico.—Esto me ha proporcionado el placer—añadió sonriendo—de matar á mucha gente con toda impunidad.—Había viajado mucho, viajaba constantemente. Tenía casi tantos años como

la Humanidad. Y le aburría la vida, y ya una vez había intentado suicidarse colgándose de un árbol.

—Ya le he dicho á usted—concluyó — que no tengo amigos. Los hombres me inspiran un profundo desprecio. Odio, mejor. Pero usted, sin saber por qué, me ha sido simpático. Tiene usted cara de bueno y de inteligente. Así como yo me parezco al discípulo traidor, usted se parece al Maestro sublime. Y yo necesito, para salvarme, sentir algún afecto noble, amar á alguien, tener un amigo siquiera...

Y cogiéndome las manos y estrechándomelas nerviosamente entre las suyas, heladas como las de un muerto, añadió:

—Sí..., aunque usted no quiera, yo seré su amigo, su hermano... ¡La regeneración del mundo está en el amor! Yo he pasado la vida odiando al Hombre... ¡Si llegase á amar estaría salvado!

Y en voz baja, como si hablara consigo mismo:

—¡Diecinueve siglos de lucha es ya

bastante castigo... ¡Oh, Padre de todos, ten compasión de mí!

¡Diecinueve siglos! Pensé que aquel hombre estaba loco, y para poner fin á la extraña conversación le ofrecí en términos vulgares mi amistad, y me despedí de él prometiéndole volver pasados tres ó cuatro días á aquel café donde habíamos celebrado nuestra primera entrevista.

Don Judas me estrechó las manos conmovido, intentó abrazarme, y me rogó, con frases de la mayor cortesía, que pagara la cerveza que habíamos bebido, «porque—añadió tristemente—su dinero estaba maldito y no se lo admitían en ninguna parte».

* * *

Desde aquel funesto día don Judas fué mi amigo, mi camarada, mi compañero de todas las horas, mi hermano...

Y desde aquel día comenzaron mis desgracias. Don Judas debía poseer un dón siniestro, eso que los italia-

nos llaman la *jettatura*, y vivir con él era vivir en la trágica compañía del infortunio y del dolor.

¡Lo que yo he padecido en los tres meses que ese sér maldito ha sido mi amigo!

Yo soy muy débil de carácter, y don Judas se había apoderado de tal modo de mi voluntad, que yo no me atrevía á hacer nada sin su consen timiento y su consejo.

Por mandato imperativo de él coloqué mi modesto capital en acciones de la Sociedad «La Honradez», y la tal Sociedad quebró á poco, dejándome en la miseria.

A sus manos murieron, en el espacio de siete días, mi madre, mi mujer y mis cuatro hijos, atacados de una enfermedad extraña, para la que los médicos no encontraban remedio.

Don Judas, que, como le he dicho á usted antes, practicaba la medicina, asistió solícito á mis enfermos, cuidándolos con cariño de madre, actuando á la vez de médico y de enfermero.

A la muerte de mi último hijo, don Judas, completamente desesperado —más desesperado en apariencia que yo—se arrojó en mis brazos declarándose responsable de todas las desgracias que ocurrían.

—Yo soy un sér funesto... yo soy el genio del mal... Estoy maldito de Dios y de los hombres... He querido regenerarme por el amor y he sido tu amigo leal, tu hermano... Y te he traído la desgracia, y he traído la desgracia á esta casa. ¡Dios no me perdona! Por mí has perdido á tu madre, á tu mujer y á tus hijos. Por mí te has arruinado. Nadie puede ser feliz en mi amor. La cólera de Jehová persigue implacable á todos los que amo.

Y lloraba y rugía, y se arrancaba furioso los recios mechones de su barba roja.

Loco de angustia le pregunté:

—¿Pero quién eres tú entonces?

Se echó á reir. ¡Qué risa la suya! Así deben de reir los diablos, si es que rien.

—¡Imbécil! ¿No me has conocido?

Yo soy la traición, el engaño, la perfidia, la maldad... ¡Yo soy Judas, el que vendió á Cristo por treinta monedas!

Y agitando en sus manos una bolsa:

—¡Aquí tienes el precio de mi traición! Por eso te decía que mi dinero estaba maldito y me lo rechazaban en todas partes.

Volvió á reir con su risa infernal de desesperado.

—Mira mi cuello... Aun conserva la señal de la cuerda con que intenté ahorcarme, arrepentido de mi traición. ¡Pero, desgraciado de mí, estoy condenado á vivir siempre!

—¡Nó!—grité loco—¡al fin ha llegado tu última hora! ¡Morirás á mis manos, asesino de mi madre, asesino de mi mujer, asesino de mis hijos!

—¡Sí!—aulló Judas—¡mátame por caridad!

Me arrojé sobre él furioso, apretándole el cuello con ambas manos.

Y estuve apretando mucho tiempo.

Por fin le dejé caer al suelo, sin vida, muerto...

Y por haber librado á la humanidad de ese hombre maldito, por haber matado á Judas el traidor, me han traido aquí, á este manicomio...

EL GATO DE BAUDELAIRE



USTED sabe que Baudelaire tenía un gato? ¡Oh! un gato hermosísimo, de pelo negro, suave y brillante como la seda, las orejas graciosamente plegadas, los ojos redondos, de un verde claro, que á veces se encendían como dos ascuas, terribles, amenazadoras..... El gato de Baudelaire era de muy ilustre progenie. Yo he averiguado todos sus antecedentes de familia. Era nieto de *Azucena,* la gata blanca de Lamartine, é hijo de *César,* el felino amado por Víctor Hugo.

Sátiro—que así se llamaba el gato de Baudelaire,—no tuvo descendencia. El poeta le condenó á eterna castidad, mutilándole con sus propias manos apenas nacido.

Y *Sátiro*—¡qué ironía la de su nombre!—incapacitado para el amor, sin ideal alguno en la vida, se hizo filósofo, y pensó, con Kant, que no hay nada superior en la tierra al soberano *yo*.

Todos los gatos son egoistas, ya lo sabe usted, pero ninguno tanto como *Sátiro*. Tendido sobre la mesa del poeta, los ojos soñolientos, se hacía adorar como un animal sagrado. De vez en cuando distendía sus miembros en un desperezo voluptuoso v sacaba sus uñas encorvadas, que se alargaban feroces, buscando algo que destrozar.

Yo odio á los gatos casi tanto como á los hombres. Es una monomanía como otra cualquiera. Todos tenemos alguna.

Voy á explicarle el por qué de mi odio hacia esas pequeñas fierecillas del hogar.

Yo tuve un amor en la vida que se llamaba Esmeralda. Y aquella mujer — ¡oh, no crea usted que le engaño!—tenía, tanto en lo físico como en lo moral, algo de feli-

no.—Por algo la llamaba yo «mi gata».

Si la hubiera usted visto en las siestas del verano, desnuda, sobre una piel de tigre—nunca conoció el pudor,—desperezarse voluptuosa, como el gato negro de Baudelaire, alargando sus manos, ¡dos preciosas garras, en busca de la presa que destrozar!...

Y yo, ¡insensato! la entregué mi corazón para que, jugando, jugando, llegase á clavar en él sus uñas y lo despedazase poco á poco, con sabia ferocidad.

Esmeralda, idólatra de su persona, enamorada de sí misma, no amó á nadie en la vida. También creía en el *yo* de Kant; también al venir al mundo debieron de mutilarla.

¡Pero era tan hermosa!... blanca, los ojos verdes, de un verde claro, del color del ajenjo, misteriosos y soñadores; el cuerpo.... ¡Poderoso Dios, qué tentación de cuerpo! ¡Una obra perfecta de la naturaleza!

No había hombre que al verla no se enamorase de ella. Y Esmeralda

coqueteaba con todos: se hacía adorar de todos... Me hizo sufrir mucho; ya lo comprenderá usted. Yo era un hombre digno. Debí matarla. Pero por aquel entonces, no tenía yo el valor del asesinato.

«Mi gata» huyó un dia con el clown *Calígula*. Y ya no volví á verla más. Alguien me contó que el clown, harto de sus liviandades, la mató á puñaladas, ¡veintitres puñaladas!

Aquel bárbaro, furioso y desesperado, se ensañó con la pobre Esmeralda, destrozando su hermoso cuerpo á golpes de su hierro justiciero.

Yo me he vengado también, á mi manera, de la traición de aquella mujer. ¡Oh, cuánta sangre he derramado desde que me abandonó! Yo no he usado el puñal como *Calígula*. Me he valido de las manos. La extrangulación; le recomiendo á usted este procedimiento para cuando quiera deshacerse de alguien. Es el mejor de todos. Vea usted estos dedos. Son de hierro. ¡Al que yo coja entre ellos!...

Me horroriza pensar en mis víctimas. Yo puedo decir, como el personaje de la tragedia: «Mis crímenes son tantos como las arenas del mar».

Comencé mi obra de venganza en el gato de Esmeralda. ¡Qué animal más precioso! Era blanco como la espuma, de ojos oblicuos, azules como el cielo. ¡Cuánto le quería Esmeralda! Y por eso, precisamente, le maté. ¡Oh, qué gozo al apretarle el cuello! El pobre animal me miraba con ojos suplicantes, demandándome piedad. Pero yo fuí implacable. Y le ahogué entre mis manos con furia salvaje.

Después... después.... Ya le he dicho á usted que mis crimenes han sido tantos como las arenas del mar.

Realizado mi primer acto de venganza, sentí la bestial necesidad de la sangre. Hubo noche en que cometi hasta doce asesinatos. Mis dedos, convertidos en garras, se hacían cada vez más aptos, más «inteligentes» para matar.

¿Por qué mi odio terrible contra los gatos? se preguntará usted.

La respuesta es muy sencilla. Por que Esmeralda—¡oh, estoy bien seguro de ello!—era una gata con apariencias de mujer, y yo me propuse en bien de la humanidad, acabar con todos los animales de su especie.

No vaya usted á figurarse, sin embargo, que mí odío á los gatos era general. No; los humildes, los miserables, los vagabundos, me inspiraban verdadera lástima. Mi «especialidad»—vaya usted á saber por qué—han sido los gatos amados por los hombres célebres. Por eso me fuí á Paris á matar el gato de Baudelaire.

¡Qué espantosa aventura aquella! ¡Mi última aventura! Aún me estremezco al recordarla. Era de noche. Yo había entrado en la habitación del poeta como un ladrón, descerrajando la puerta. *Sátiro,* como de costumbre, yacía tendido sobre la mesa en que se escribieran las *Flores del mal.* Sus ojos relucian en la obscuridad como dos ascuas. Me acerqué á él cautelosamente, y ya

iba á echarle las manos al cuello, cuando el animal se puso bruscamente en pie, mirándome airado con sus ojos sangrientos. Yo no puedo decirle á usted lo que pasó después. *Sátiro* se arrojó furioso sobre mí, clavándome sus uñas, poderosas como las de un tigre, sobre la cara. Dí un grito de dolor. Y dejé de ver. *Sátiro,* me había arrancado los ojos con sus garras de fiera.

Y por eso estoy ciego. Soy un pobre inválido del crimen. ¡Pero bien me he vengado de Esmeralda! Ya apenas si hay por el mundo ningún animal de su especie. ¡Yo he acabado con todos!

LA MUJER DE NIEVE





¡MALDITO sea el sol! ¡Es el responsable de todas mis desgracias! ¡Oh, yo quisiera vivir en un país de desolación y de tristeza, en que reinara eternamente la noche; un lugar de sombras, de tinieblas, sin luz, sin aire; un lugar apartado y solitario donde poder llorar sin que nadie me viera! Usted debe de saberlo—¡lo sabe todo el mundo!—yo estoy enamorado hasta la locura de una mujer misteriosa, de un espíritu puro como los ángeles, invisible é inadmisible para todos, ¡para todos menos para mí! Yo estoy enamorado de la «mujer de nieve».

Usted no la conocerá... ¡No la conoce nadie más que yo! Es una mu-

jer única, blanca como la nieve de que está formada, blanca como la espuma del mar; los ojos muy grandes, sin color, lucientes como dos estrellas; la boca ténue como un suspiro: las orejas diminutas; el pelo rojo, cayendo sobre su espalda como llamas de fuego; y el cuerpo, majestuoso en su desnudez, blanco también, con la blancura ideal del mármol helénico, del que surgió la Venus divina.

No he visto más que una vez en mi vida á esta mujer extraordinaria, ¡una vez sola! Fué el día 13 del pasado Diciembre. ¡Fecha sagrada! Nevaba... ¡Oh, qué hermosa estaba aquel día la Tierra!

Todo blanco, todo blanco... Una nota de color, sin color. La nieve caía inmaculada en menudos copos, como hostia santa. Los árboles, sin hojas y sin verdor, con sus ramas retorcidas como miembros desconyuntados, semejaban espectros detenidos en medio del camino.

Todo callaba con silencio de muerte. Solo el viento dejaba oir su

voz, que amenazaba ronca unas veces, y parecía otras plañir desesperada.

La nieve lo cubría todo, se apoderaba de todo, de las casas, de las calles, de la ciudad entera, que iba poco á poco perdiendo su aspecto normal, que iba desdibujándose, esfumándose, desvaneciéndose.

Ella se me apareció en medio del camino como visión celeste. En actitud hierática, los brazos caídos con gracioso desmayo, la cabeza erguida, los ojos fosforescentes, parecía la estátua de una diosa abandonada. Su pelo rojo resplandecía con fulgores de fuego.

Caí de rodillas al verla en éxtasis de adoración.

—«¡Venus admirabilis!»

Y en voz baja, sin atreverme á mirarla, la recé, con voz balbuciente, una sentida oración de amores.

—¡Diosa, mujer, ángel!... ¡Mírame, alza hasta mí tus divinos ojos! ¿Quién eres? ¿La inmaculada, la pura, la Virgen de los Cielos? ¡Mírame y mátame si quieres! ¡Te adoro!

Ella no me contestó ¡qué había de contestarme! y yo continué rezándola todas las palabras de amor que acudían elocuentes á mis labios.

—¡Divina para todos, humana para mí!

De pronto alcé los ojos para continuar admirándola. No; no era ilusión. ¡Me miraba! Sí, me miraba y me sonreía. Ya no era la estátua: era la mujer.

—¡Te adoro!

Me pareció—¡ensueños quizá de la fantasía, delirios de mi cerebro en fiebre!—que «la mujer de nieve» me ofrecía su boca, ténue como un suspiro, de la que volaban, como pájaros inquietus, los besos ardientes de su amor.

Me levanté tambaleando—la felicidad se sube también á la cabeza y emborracha como un mal vino—para abrazarla.

Había cesado de nevar. La eché los brazos al cuello—¡á su cuello, más blanco que las alas de la paloma, esbelto como las torres de que hablaba Salomón!—y uní mi boca á

la suya, helada como la nieve, á la que di calor con mis besos.

Y besándola, besándola perdí el sentido y cai en tierra, incapaz de sentir en pleno juicio, en plena lucidez cerebral, las sensaciones de placer extraordinarias únicas, de aquel amor insensato.

Cuando volví á la vida lucía el sol, un sol de fuego, con más calor, con más llamas, que todo el calor y todas llamas del infierno. La nieve se había derretido y con ella la Inmaculada, la Pura, la Virgen, la estátua admirable de mis ensueños de una hora.

Yo continuaba con los brazos abiertos. Y unos hombres me apresaron y me trajeron aquí.

¿Quién ha matado á la «mujer de nieve»? ¡El sol! Y por eso le odio y le maldigo. Y por eso quisiera vivir en un lugar de horror y de tinieblas, donde poder llorar, sin que nadie me vea, la muerte de mi bien amada, la muerte de mi «Vírgen de nieve...»



EL GENIO DE LA ESPECIE



DOCTOR, doctor, soy feliz!
El médico, de pie ante el lecho del enfermo, se llevó un dedo á la boca, en actitud de imponerle silencio.

—¡Oh, déjeme usted que hable! Necesito darle gracias á Dios por lo bueno que ha sido conmigo. Todas mis palabras van dirigidas á Él. Todas mis palabras son oraciones.

Y echándose á reir de repente:

—¡Pero qué bestias son los hombres! Todo lo extraordinario les asusta, todo lo anormal les admira. Para ellos la vida es una línea recta, de la que arranca una curva, á la que llaman la muerte. Y todos tenemos que ir por esa recta y acabar en esa curva. Ley universal. La naturaleza,

dicen, es inmutable. ¿La inmortalidad del espiritu y de la materia? ¡Paparrucha!

Y revolviéndose furioso en el lecho:

—¡No me interrumpa usted, doctor! ¡Le digo á usted que la humanidad es imbécil! ¡Sólo Dios, por ser Dios, es grande!

Y rechinando los dientes de rabia:

—¡Oh, esos mentecatos!... Nadie, salvo usted, ha entendido mi enfermedad. Oiga usted á esos pedantes diagnosticando. «Los vasos capilares que se desbordan en sangre y anegan el corazón, el vientre que se hincha congestionado por la hidropesia», etc., etc. ¡Majaderos! Para ellos, créalo usted, doctor, me he desviado de la linea recta y voy caminando ya por la curva. ¡Pues bien, no, señores médicos, se han equivocado ustedes; mi corazón funciona con absoluta regularidad, y en cuanto á la hinchazón del vientre yo les aseguré que es perfectamente natural, que es uno de tantos fenómenos propios de mi estado.

El médico asintió:

—Uno de tantos fenómenos.

Pero el enfermo, cada vez más excitado, siguió gritando:

—¡Pues no han querido hacerme caso! Les he hecho el proceso de mi enfermedad, iniciada, como sabe usted hace nueve meses, y se han reído de mí, creyendo que deliraba. ¡Váyales usted á esos hombres de la linea recta á hablarles de las maravillosas transformaciones de que es capaz el organismo humano, de los milagros, si quiere usted así llamarlos, con que Dios favorece a veces á las criaturas! De seguro que me han tomado por loco. Gracias á que creyéndome en peligro de muerte, han tenido lástima de mí y no me han aplicado la camisa de fuerza.

Y después de unos momentos de silencio:

—¡Las leyes inmutables de la Naturaleza! ¿Pero por qué el hombre no ha de ser apto para la concepción y para la maternidad? ¿Por qué las entrañas del macho no han de ser fecundas como las de la hembra?

Callóse el mísero, anonadado y sin fuerzas, y de pronto se irguió bruscamente sobre la cama, elevó los ojos á lo alto y murmuró con voz grave:

—¡Gracias, Dios mío, por el bien que me has hecho!

Y dirigiéndose al médico, que le observaba intranquilo:

—Gracias á usted también, doctor, por no haberse burlado de mí como los otros.

Y llorando y riendo al mismo tiempo:

—¡Oh, si usted supiera!... Mi única ambición, mi único deseo en la vida, ha sido tener un hijo, muchos hijos... ¡No he aspirado á nada más! Cuando me convencí de que mi mujer no era apta para la maternidad, busqué en el adulterio el hijo que me negaba el amor legítimo. Pero Dios no quiso concedérmelo, sin duda porque no me lo merecía. Llegué á odiar á mi mujer, que murió desesperada. Llegué á odiar todas las mujeres. Cuando veía un niño en brazos de su padre lloraba de rabia. Una vez en el

Retiro, engatusé á un pequeñuelo para que se viniera conmigo, pero me lo quitaron antes de llegar á casa. Y á medida que pasaba el tiempo y me iba haciendo viejo mi estéril amor á los niños iba en aumento. Estas pasiones no satisfechas suelen llevar á la locura. Clamé á Dios, pidiéndole que acelerase el momento de mi muerte. Y cuando me confiné en la cama, esperando impaciente que llegase mi última hora, mi vientre comenzó á hincharse, á hincharse... El milagro se había hecho, yo no sé cómo... (ya sabe usted que no hay explicación para los milagros). Llamé á mi médico, y después á otro, y después á otro... Pero todos se reían de mí, nadie quería creer en el hecho extraordinario. Consulté á los más afamados tocólogos ¡y los insensatos se negaron á reconocerme! Y mientras tanto la enfermedad—llamémosla así—seguía su curso natural; mi vientre se hinchaba cada vez más, y yo sentía dentro de él un peso que me abrumaba... el peso de una montaña. ¿Qué era aquello? Se-

gún los médicos, *aquello*, aquel peso, era agua; según yo, *aquello* era el hijo esperado hacía tanto tiempo, era que Dios se apiadaba de mi y hacía fecundas mis entrañas.

Y exaltándose de nuevo, exclamó á grandes gritos:

—¡Ahora se ha de saber la verdad, ahora se ha de saber quienes son los locos, si ellos ó yo, porque ha llegado el momento del milagro!

El médico le interrogó.

—¿Vuelven los dolores?

—Sí... vuelven... terribles... horribles... Parece que mi pobre vientre va á abrirse, va á romperse, va á estallar. ¡Y qué angustia en el corazón!... ¡Doctor, doctor, ha llegado la hora! ¡Mis entrañas se desgarran!... ¡Oh, qué feliz soy! ¡Al fin va á saberse la verdad!

—Sí, tiene usted razón; ha llegado la hora. No se mueva usted. El parto se presenta normal... Quieto... Voy á por los forceps.

—¡Ah! ¿Pero es preciso emplear los hierros?

—Sí... se trata de un caso extra-

ordinario. Pero no tenga usted cuidado. Respondo de todo. Vamos á anestesiarle para que no sufra usted nada.

—No tema usted, doctor, no me quejaré... Sabré someterme al castigo que Dios impuso á la mujer: «Parirás con dolor».

. . . .

. . . .

El enfermo abrió los ojos, velados ya por la eterna sombra.

—¿Qué ha sido, doctor, niño ó niña?

—Niño.

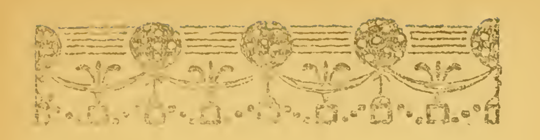
—¿Vive?

—No... nació muerto.

—¡Ah, Dios mio, todo inútil! ¡Mi hijo! ¿Dónde está mi hijo?

Y cerró de nuevo los ojos para no volverlos á abrir más.

COMO SE FABRICAN LAS ESMERALDAS



¿USTED sabe quién soy yo? Sí... cuando ha venido usted á verme... Usted querrá, como tantos otros, que le revele mi secreto. ¡Desgraciado! ¡Dios haga que ignore usted siempre cómo se fabrican las esmeraldas!

A pesar de mi aspecto vulgar, sepa usted que yo soy un ser extraordinario. Por eso me han traído aquí. A unos nos declaran genios, y á otros nos declaran locos. Yo debo de figurar, según los médicos, entre estos últimos. ¡Me es lo mismo! ¡Desprecio los juicios de la humanidad!

Sí; sepa usted, señor mío, que yo he llegado á apoderarme, uno por uno, de todos los secretos de la Na-

turaleza, que yo, como Dios, lo sé todo y algo más.

Debo de declararle á usted, que he llegado á ser lo que soy, gracias á una mujer. El amor es la gran fuerza de la vida. Un hombre enamorado lo puede todo. Si María me hubiese dicho:—«Quiero una estrella para colocármela en la frente como una diadema de luz,»—hubiera robado para ella el más brillante de los luceros.

Porque sus ojos me miraran con amor; porque su boca me sonriera alegre, yo me sentía capaz de todo. Por ella llegué á averiguar cómo se fabrican las esmeraldas.

Pero la pobre María se contentaba con poco; era una mujer sencilla, sin pretensiones... Alguna vez protestaba de nuestra pobreza. Entonces yo, para consolarla, la llevaba ante el espejo. Y ella, al verse tan bonita, se echaba á reir y lo olvidaba todo.

Pero una noche... Nos habiamos detenido ante la joyería de Urquiola. María, con la frente apoyada en

el cristal del escaparate, para ver mejor, contemplaba con ojos de codicia, todas aquellas hermosas piedras de luz.

Yo la observaba intranquilo.

—¿Vámonos?

—No... todavía no... espera... un minuto más... no me canso de ver... ¡Dios mío, qué hermoso es todo esto!

Y en éxtasis de admiración, con voz que hacía temblar el deseo:

—Mira esa diadema de brillantes... ¡Cómo fulguraría sobre el negro de mis cabellos! ¡Por poseerlas, porque fueran mías, era capaz de arrancarme los ojos con mis propias manos!

Hablaba exaltada, apretándome el brazo con fuerza nerviosa.

—¡Oh, mira qué rubí! ¿Es una gota de sangre fresca? ¿Es un lucero al rojo? ¿Es una rosa que se petrificó al morir?... ¡Qué bien haría engarzado en uno de mis dedos!

—¡Oh, y esas perlas? Fíjate bien ¿Has visto en la vida nada más armónicamente bello? ¿Con qué compararlas? Nacidas en el fondo mis-

terioso del mar, tienen el color transparente del agua. Dijérase que son á la vez sólidas y líquidas. ¡Qué bien estarían incrustadas en mis orejas!

Asustado de la vehemencia de sus palabras, traté de apartarla del escaparate.

—¿Vámonos?

—¡No! ¡Te digo que esperes! ¡Oh, si pudiera, me las llevaría todas, las robaría todas!

De pronto dió un grito.

—¡Oh, mira ese collar de esmeraldas!

Quedó como deslumbrada, fijos los ojos en la preciosa joya.

—¿Has visto qué luz, qué brillo, el de esas piedras? Como las pupilas de Minerva, tienen todos los matices del verde. ¡Qué bien harían sobre la torre de mi cuello!

Y con voz imperativa, clavando sus ojos en los míos:

—¡Necesito ese collar!

—Pero ¿estás loca?

—¡Lo necesito! Tú verás lo que haces... Cómpralo, si puedes; róbalo

si no... ¡Lo necesito! Si tú no me lo dás, otro habrá que...

No la dejé terminar la frase.

—¿Pero qué dices?... ¿Me amenazas?

—¡El collar! ¡Necesito el collar!

Había tal energía en su voz y en su mirada, que la dije para calmarla:

—Lo tendrás, no sé como; pero lo tendrás.

Y entré decidido en la joyería.

—¿El precio de esas esmeraldas?

—Seis mil pesetas.

¡Seis mil pesetas!... Me quedé aterrado. ¿Cómo podían valer aquellas míseras piedras tanto dinero?

—¿Con que dice usted que seis mil pesetas?—interrogué de nuevo al dependiente.

—Sí, señor; seis mil pesetas.

—Bueno; pues es mío el collar. Ya volveré por él... uno de estos días.

—Cuando usted quiera.

¡Seis mil pesetas!... ¿Pero, por qué las joyas han de ser más caras que las flores?

* * *

Desde aquella funesta noche, María, me negó implacable sus besos.

—¿Traes el collar?

—Mañana.

—¡Sí, mañana, lo mismo que hoy! —y reía con risa cruel.—Pues mira que se me va acabando la paciencia. ¡Si tú fueras otro hombre!... ¡Mañana!—y volvía á reir colérica.

Pensé en mi desesperación, que acaso no sería desatinado intentar la fabricación de esmeraldas. Leí todos cuantos libros de química hallé en la Biblioteca y solo pude averiguar que la esmeralda era una piedra de color verde, compuesta de silicato de alúmina—¡mísera tierra arcillosa!—y de un óxido llamado glucina.

Pero, á pesar de cuantos ensayos hice, combinación de estas dos *partes*, la alúmina y la glucina, no me dieron por resultado el *todo*, ó sea la esmeralda.

Y María seguía interrogándome implacable:

—¿Traes el collar? ¿Traes el collar?

* * *

Una noche, era ya algo tarde, al pasar por la joyería de Urquiola, vi que en la tienda no había más que un dependiente.

Entré decidido.

—Ese collar de esmeraldas que está en el escaparate.

—¿El que vió usted la otra noche?

—Sí.

—Ya sabe usted el precio: seis mil pesetas.

—Sí, ya lo sé: seis mil pesetas.

Cogió el collar, y me lo mostró sonriendo.

—¡Vaya unas piedras!

—Sí; muy hermosas.

Era la ocasión. Me arrojé sobre él, de improviso; le tapé la boca con una mano, para evitar que gritara, mientras con la otra le cogí por el cuello, apretándole con todas mis fuerzas.

Después le arranqué el collar, me lo guardé en el bolsillo y eché á correr.

* * *

Aquella noche, como todas las noches, María me esperaba impaciente.

—¿Traes el collar?

—Sí; aquí lo tienes.

—¡Oh, amor mío!

Y me besaba y me mordía frenética.

—Colócamelo sobre la torre de mi cuello.

Llamaron á la puerta.

María me miró asustada.

—¿Quién podrá ser?

—¡La policía!... ¡Vienen por mí! ¡He asesinado al joyero para robarle!

—¿Tú?... ¡La policía!... ¿Y se llevarán mi collar?...

Quise ahogarla como al *otro*. Pero huyó. ¡No hay mónstruo semejante á la mujer! Huyó, llevándose el collar.

. . . .

¡Desgraciado!... ¡Ya sabe usted el secreto para fabricar esmeraldas!

MI OTRO YO





DICEN que la Naturaleza no se repite jamás, no da á la vida dos seres iguales, que todos los hombres son distintos entre sí. ¡No crea usted semejante absurdo!

Yo no soy un tipo vulgar, yo no soy un cualquiera, yo tengo personalidad propia, y sin embargo...

Tal como soy físicamente, tal como soy en conjunto y en detalle, ha habido un hombre en el mundo. Dijérase *otro yo*. Una gota de agua y otra gota de agua. Quien le viera y me viera tenía derecho á dudar de mi madre.

Míreme usted bien, ligeramente, atentamente... ¿Ve usted estos ojillos azules, de párpados abombados y

mirar centelleante? ¿Ve usted esta gran nariz de loro, corva y puntiaguda, atrevidamente inclinada hacia la izquierda? ¿Ve usted este pelo rojo, y esta barba rala, y esta tez pecosa? Pues los mismos ojos y la misma nariz y el mismo pelo y la misma barba que yo tenía aquel demonio de hombre.

Pero hay más: le digo á usted que la identidad era completa. Fíjese usted en esta cicatriz que parte en dos mi frente. Pues otra de igual forma y tamaño y en igual sitio tenía aquel miserable.

Y cojeaba como yo del pie derecho, y le faltaba como á mí el dedo pulgar de la mano izquierda...

¡Otro yo, le digo á usted que otro yo!

¡Mi mismo modo de reir estridente, mi mismo modo de hablar gangoso, mi mismo modo de accionar violento, mis mismos gestos extravagantes!...

Y se llamaba como yo, Juan; y tenía el mismo apellido que yo, Expósito; y había nacido en el mismo

día y en el mismo mes y el mismo año que yo, el 14 de octubre de 1864.

El no tenía familia; yo tampoco. Eramos en todo iguales. Pero pensábamos y sentíamos de distinta manera. El era... como era, y yo soy... como soy.

Ya le he dicho á usted: en lo físico, una gota de agua y otra gota de agua; en lo moral, él tenía su corazón y yo el mío.

* * *

Voy á contarle á usted cómo conocí á mi hombre. Hará del suceso unos cuatro años. Iba yo una noche, ya de retirada, camino de mi casa, y al doblar la esquina de la calle de Peligros me di de manos á bocas con él.

—¡Animal!

—¡Bárbaro!

—¿Pero donde lleva usted los ojos?

Y al levantar el bastón para agredir al insolente quedé estupefacto.

—¡Pero esa cara es la mía!

—¡Pero usted es tan feo como yo!

—¡Caballero!

—¡Señor mío!

—¡Debo advertirle á usted que solo en Carnaval está permitido disfrazarse!

—¡El que va disfrazado es usted!

Y como la polémica se hacía interminable, le cogí violentamente de un brazo y le llevé arrastrando hasta el farol más próximo.

¡Quedé estupefacto! Aquel hombre era *otro yo;* era *yo mismo.*

—¡Pero esto no puede ser!

—No, señor, no puede ser.

—¡Debo de estar loco!

—¡Debo de estar borracho!

Decidimos, para aclarar la cuestión, entrar en el café de Fornos. Yo estaba resuelto á llevar á aquel farsante al Juzgado de guardia, por usurpación de personalidad, si no me satisfacían sus explicaciones.

* * *

A la octava copa de cognac mi *otro yo* me contó su historia, una historia vulgar y triste, la eterna

historia de «Pedro, Juan, Francisco, etcétera».

La borrachera nos dió por reir.

—¡Ja, ja! ¡Caso más gracioso!

—¡Pero si somos absolutamente iguales!

—¡Una broma de mamá Naturaleza!

—¡Una broma de papá el Destino!

De pronto mi *homogéneo* se tornó grave.

—Hermano—me dijo—tu vida y la mía son obra del Misterio. ¿Quién eres tú? ¿Quién soy yo? Acaso una misma madre nos trajo al mundo, acaso somos fruto de un mismo vientre impuro. La Casualidad, gran auxiliar del Misterio, nos ha reunido. No nos separemos ya más. Yo seré, si quieres, y aunque no quieras, de ahora en adelante, tu amigo, tu hermano... Yo no he amado á nadie. Necesito á alguien á quien querer... Toma mi mano... ¡Así! ¡Estréchamela con fuerza! ¿Amigos para siempre? ¡Hermano, hermano, que sea la Felicidad y no la Desgracia quien nos ha reunido esta noche!

* * *

¡Sí, hermano! ¡Valiente farsante! ¡Vaya un modo de entender la fraternidad que tenía aquel canalla!

Créame usted, caballero, desde la funesta noche en que conocí á ese hombre, yo no he vuelto á gozar un solo momento de tranquilidad.

Mi *otro yo* se vino á vivir conmigo, á mi casa, en mi compañía, como si efectivamente fuéramos hermanos. Y todo lo que era mío, todo lo que era de mi propiedad, pasó á ser suyo: mis muebles, mis libros, mis ropas, mis alhajas, mi dinero...

¡Y si hubiera sido eso solo! El miserable, usurpando mi personalidad, cometió toda clase de abusos y desmanes, poniéndome más de una vez en trance de ir á la cárcel ó quizá á presidio.

Y ahora permítame usted que le haga una declaración, una declaración importante. Aquí donde usted me ve, yo he sentido un gran horror hacia las mujeres. Siempre que he podido huir de ellas, he huido. Es un

sistema que le recomiendo. Da muy buenos resultados.

¡Ay, amigo mío! Pero conocí á Regina—¡y esta vez si que no pude huir!—y al conocer á Regina conocí al amor.

Nunca mujer alguna ha ejercido tan poderosa influencia sobre un hombre. Dejé de ser; mi cerebro y mi corazón fueron suyos; dejé de ser; yo no pensaba sino lo que ella; yo no sentía sino lo que ella... Uno de tantos casos de anulación por amor como se ven en la vida.

¡Y mi hermano se enamoró también de Regina! Era lo lógico ¿verdad? ¿Todo lo mío no era suyo? ¡Pues entonces!...

Decidido á asesinarle le interrogué una noche.

—¡Miserable! ¿Vas á robarme también el amor de esa mujer?

Mi *otro yo*, quizás por miedo, se arrojó á mis pies gimoteando.

—Perdóname, hermano... Estaba loco, estoy loco... Ya veo que somos incompatibles. La fatalidad se ha empeñado en separarnos. Tú ó yo

sobramos en el mundo—suspiró, y vi que sus ojos se llenaban de lágrimas.—Nada temas de mi... sabré cumplir mi deber, sabré sacrificarme... ¡Regina!...—y al pronunciar este nombre el mísero rompió á llorar desesperado.—¡Tú no sabes lo que la amo!

—¡No tanto como yo!—le repliqué furioso.

—¡Calla! ¡Qué sabes tú de eso!—siguió el miserable.—¡Oh, esa mujer!—dejó de hablar, ahogado por los sollozos.—¡Esa mujer! ¡Yo no sé qué daría por poseerla! Pero no temas, hermano: sabré cumplir con mi deber. Déjame que te abrace. ¡Ya no volveremos á vernos más en la vida! ¡Me voy para no volver! Perdóname todo el mal que te hecho... Ya sé que he sido ingrato y desleal contigo. ¡Perdóname! Un abrazo. ¡Que la hagas feliz! ¡Adiós, hasta que nos volvamos á ver en la otra vida, si hay otra vida después que ésta!

Me dejé abrazar sin contestarle palabra.

—Dame tu revólver.

Se lo dí.

—¡Adiós, hermano, que la hagas feliz!

* * *

Con la fuga de mi *otro yo* volvió la tranquilidad á mi espíritu y por espacio de algunos meses fuí feliz en el amor de Regina.

Y llegó al fin el día, ¡tan ansiado! en que adquirí el derecho de que aquella mujer fuese mía.

Imagínese usted de mi emoción al dirigirme á la alcoba donde me esperaba, anhelante, la esposa de mi alma. ¡Oh, qué dulce embriaguez la de aquellos momentos!

Abrí, temblando, la puerta del santuario.

—¡Regina! ¡Regina!—grité, sin gritar.—¡Soy yo!

Abrí la puerta y dí luz. Imagínese usted mi asombro y mi indignación. Mi mujer no estaba sola. Con ella había un hombre. ¡Mi hermano.

—Sí, soy yo—me dijo—que he usurpado una vez más tu personali-

dad y he ocupado tu puesto en la fosa nupcial.

—¡Caín!

—¡Sí que lo soy, y por eso después de poseerla la he matado para que no fuera de nadie más que de mí!

Le cogí por el cuello.

—¡Miserable!

—¡Mía! ¡Solo mía!

* * *

Después... después, no sé lo que pasó. El hecho es que me declarado loco y me han traido á este manicomio.

LA SIRENA





Yo soy un enamorado del mar. Un enamorado platónico. No me he embarcado más que una vez en la vida. ¡Oh, pero qué hermoso viaje aquél! En él conocí la felicidad. En él conocí la desgracia. Amor y dolor ¿no son palabras sinónimas?

¡Oh, las bellezas del mar! Las aguas del Océano tienen todos los colores, son verdosas—toda la gama del verde,—cuando se hallan en calma; negras—con todo el horror de lo negro—en los días de tempestad; rojas, cuando el sol se baña en ellas; blancas, con esa blancura luminosa, fosforescentes de la nieve, en las claras noches estrelladas.

El hombre es un sér inferior. Para

cada uno que mira á lo alto, hay ciento que, con los párpados caídos, andando torpemente como los topos, sólo se preocupan de ver—sin talento para observar—las cosas bajas y feas de la tierra. Hay muy pocos que aspiren á volar, que quieran perderse, en busca de mundos nuevos por las inmensidades del infinito. ¡Andar á dos patas es tan cómodo, y tan fácil, y... tan natural!

Y váyales usted á esos hombres á hablarles de nada extraordinario, de nada que no sea el hecho vulgar, el pan nuestro de cada dia.

¿Creerá usted que hay quienes niegan la existencia de gnomos, sátiros y faunos, de ninfas, sirenas y náyades, de esos seres extraños, cantados por los poetas, pobladores misteriosos de los bosques y los mares?

Pero lo que me indigna verdaderamente es que esos topos duden de la existencia de las sirenas, de aquellas divinas hijas de Aqueloó y Calirpe, metamorfoseadas en monstruos marinos por la vengativa Ceres.

Porque, créame usted, yo tengo motivos para creer en las llamadas ninfas del mar, yo puedo asegurarle á usted que mis ojos han visto—¡horas y horas, hasta saciarse de mirar! —á una de esas mujeres-sirenas, que surgen, como Venus, de las aguas, para asombro y éxtasis de los navegantes.

¡Qué portentosa creación de belleza aquel mónstruo! Parece que la veo aún. Sus ojos cambiaban caprichosamente de color, y eran, á veces, verdes como el mar, y otras, azules como el cielo. ¡Pero qué extraña, qué poderosa luz en las pupilas! ¡Qué soberano modo de mirar el de aquellos ojos únicos!

Su cabellera rubia, floreada de algas, caía sobre sus espaldas como un manto de oro. Estaba desnuda... y sonreía fascinadora, enseñando las perlas de sus dientes. Estaba desnuda, al aire el alto y torneado cuello, el seno virginal... ¡Estaba desnuda y sonreía!

Yo la contemplaba en éxtasis de admiración, y ella, siempre sonrien-

do, arqueaba, con gracioso movimiento, sus brazos de nardo y apoyaba en ellos su cabeza de oro, lanzando sobre mi todo el fuego de sus miradas.

Eché el cuerpo fuera de la borda, aún á riesgo de caerme al mar, para contemplarla mejor. La noche era clara y serena. Alrededor de aquella mujer bullían las aguas formando espumas luminosas. La luz de la luna caía directamente sobre ella, bañando de luz su cuerpo desnudo. Un nimbo de estrellas circundaba su cabeza. Y seguía sonriendo.

¿Quién era aquella divina aparición de amor? ¿Luego era verdad la existencia de las sirenas y aquella mujer era una de las ocho ninfas del mar de que nos hablan los poetas?

Perdí la cabeza y grité:

—¡Agaofone, Telxiepia, Molpe, Siguea!

La sirena, al oirme, avanzó, vino hasta mi tendiéndome los brazos. Y comenzó á cantar, en versos que caso fueran del divino Apolo, una

canción formada de besos y suspiros.

Volvió á tenderme los brazos y me pareció que gritaba:

—¡Ven!

Me acordé de las palabras de Nietzsche:

«El que lucha con mónstruos corre el riesgo de convertirse en mónstruo. ¿Vuestra mirada penetra en el abismo? El abismo penetra á su vez en vosotros.»

Y tuve miedo. Pero ella seguía mirándome, mirándome y gritando:

—¡Ven! ¡Ven!

Me volví loco.

—¡Allá voy, amor mio!

Cerré los ojos y me arrojé al mar. Después no sé lo que pasó. Oí voces que gritaban:—«¡Hombre al agua!» —Y perdí el conocimiento.

Cuando volví á la vida de la razón vi que tenía la mano derecha ensangrentada y que aprisionaba en ella un haz de cabellos, rubios como el oro.

Di cuenta á mis compañeros de pasaje de que se me había aparecido

una mujer-sirena. Les declaré que mis ojos la habían visto horas y horas—¡hasta saciarme de mirarla!—y les enseñé por último—prueba material—el haz de cabellos rubios.

Y se echaron á reir, y yo creo que me reputaron de loco.

Sin embargo, desde entonces yo creo en la existencia de las sirenas.





LA MUERTE



Se llamaba... ¿cómo se llamaba?... A veces pierdo la memoria... Elena, sí; creo que se llamaba Elena. ¡Qué hermosa era!—De esto sí que estoy bien seguro; esto sí que lo recuerdo bien—¡qué hermosa! Alta y fuerte, tal como una estátua de Minerva; los ojos negros, negros como la noche, ojos fascinadores que enloquecían con su mirar de amor; la faz morena, artísticamente «soleada»; la boca roja y ardiente como la llama; el cabello azulino y brillante...

Yo le pregunto á usted: ¿Una mujer así, debe morir? ¿Por qué la Belleza no ha de ser inmortal? ¿Por qué la Gracia no ha de ser eterna?

Pero la Muerte es implacable y no perdona á nadie. Armada de su guadaña, hiere ciega lo mismo lo bello que lo feo, lo bueno que lo malo... Para ella no hay clases ni privilegios. Todos iguales. ¡Maldita sea la igualdad!

Y así llevamos siglos y siglos, desde que el mundo es mundo. El hombre á crear, y ella, la Inexorable, á destruir.

¿Qué poder hay semejante al de la muerte? Ninguno. Ella tiene como cómplice, como aliada, á la Naturaleza entera, al aire, al agua, al fuego. La tierra no dá de sí más que elementos de destrucción.

¡Oh, es terrible! Todo lo que nace, nace para morir. ¡Todo! El mismo planeta que habitamos, rotos sus ejes, dejará algún día de girar alrededor del sol y desaparecerá en el vacío. Y el sol, el mismo sol se apagará también. ¡No hay fuego que no se consuma, no hay llama que no se extinga, no hay hombre que no se torne en cenizas! Y volveremos otra vez á las tinieblas del caos,

y la noche será eterna en el Infinito.

Sí, la Muerte lo puede todo. Ya lo he dicho antes; no hay poder como su poder. Y sin embargo, óigame usted, si es usted capaz de comprenderme. Voy á contarle cómo he podido yo acabar con ella.

Pero no crea usted que estoy loco, como han tenido á bien asegurar los fariseos de la justicia que me han confinado en este manicomio. ¡No, no crea usted que estoy loco! ¡Los locos son ellos!

* * *

Oiga usted la historia de la verdad. Elena, á pesar de sus apariencias de diosa, era, en realidad, una mujer como otra cualquiera, una pobre mujer como otra cualquiera...

Aquel hermoso bloque de carne, digna de un pedestal, era también susceptible—¡miseria humana!—al dolor de la enfermedad y al dolor de la muerte.

Una tarde... Estábamos asomados

al balcón, mirándonos sin vernos, en pleno éxtasis de amor.

Cantaba el pájaro en el árbol y el agua en la fuente; vibraba el aire armónico; el cielo era de púrpura, y la tierra, dorada por el sol, parecía un paraíso.

Elena apoyaba su cabeza sobre mi pecho, y en voz queda, con palabras seguidas de suspiros, murmuraba:

—¡Oh, quisiera morirme en esta felicidad! ¡Temo tanto á la vida!... Mira, nuestro amor que hoy es fuego, mañana será ceniza. ¡Todo muere! Las dichas de este mundo son humo y se las lleva el viento... ¡Todo muere!

Y echándome los brazos al cuello y uniendo su boca á la mía:

—Tarde ó temprano llegará el momento de la desilusión y del hastío. Por eso te digo que quisiera morirme en una hora como la de ahora, gozando de este estado de plena felicidad.

De pronto, mi adorada gritó, cayendo desplomada en mis brazos:

—¡Me muero! ¡Dios ha oído mi ruego! ¡Me muero!

Cesó en su canto el pájaro, dejó

de sonar la fuente, paróse el aire y el cielo se cubrió de sombras.

¡Sí que se moría! Besé su boca y su boca estaba yerta; palpé su cuerpo y tampoco habia calor en él... Y sus ojos ¿por qué permanecían cerrados y no me miraban ya con fiebre de amor? ¡Se moría, se moría!...

Entonces—¡oh, le juro á usted que no miento!—se acercó á nosotros con paso ledo, se interpuso entre los dos una sombra surgida no sé de donde. ¿Hombre ó mujer? No puedo decirlo —un sér monstruoso—que llevaba una sonrisa en la boca y una guadaña en la mano.

La reconocí en seguida. ¡Era la Muerte! ¡Era la Muerte, que venía á robarme á mi amada!

—¡Elena!... ¡Amor mío!... ¡Elena!—clamé desesperado.

Una voz misteriosa, que venía de la sombra, me contestó:

—¿A qué la llamas, insensato, si no te oye, si ya no puede oirte? Crees tenerla en tus brazos y se halla entre los míos. Mientras tú estrechas su cuerpo muerto, yo es-

trecho su alma viva. Ella me llamó, bien lo sabes, y por eso he venido. Agradéceme el favor. ¡Me solicitan de tantas partes!... Yo bien quisiera servir á todos, pero me falta tiempo. De día y de noche el clamoreo es incesante. —¡Ven, ven!» —¡La vida cuenta con muchos partidarios, pero mira que yo!... Todos me temen, pero todos me llaman.

Un silencio. Luego, la voz vibró sonora.

—¡La única verdad está en mí; la única verdad que jamás sabrá el hombre! Yo soy lo desconocido, lo ignorado, lo eternamente misterioso. ¿Qué hay después de mí? ¿La Nada? ¿El Infinito? ¡Que lo averigüen, si pueden, esos bestias de sabios!

Y blandiendo amenazadora la guadaña:

—Hoy me llevo á Elena; mañana vendré por tí. ¡Espera! ¡Ten paciencia! Tarde ó temprano, serás mio. ¡Yo soy la Inexorable, la que á nadie perdona!

Loco de desesperación, grité:

—¡No! ¡Á Elena no te la llevarás mientras yo viva!

—¡Insensato! ¿Te atreverás conmigo?

—¡Sí!

Saqué el revólver, y disparé á lo alto.

Oí reir otra vez entre las tinieblas.

—Adiós; llevo prisa. Tengo mucho que hacer. Hasta muy pronto.

La sombra se desvaneció, siempre riendo, y entonces surgió la luna, y se luminó el espacio.

Yo seguía apretando frenético el cadáver de Elena.

* * *

Y vea usted si son bestias esos médicos. Para traerme aquí han inventado la farsa de que yo, en un rapto de locura amorosa, había ahogado á mi adorada al abrazarla.

Y no he sido yo, sino la Muerte, quien la ha asesinado.. ¡La Muerte, la Inexorable, la que á nadie perdona; Por eso disparé sobre ella los seis tiros de mi pistola Browing. ¡Si llego á alcanzarla!...

EL HOMBRE QUE RIE



SEÑOR doctor, yo soy Tony Garnier, el famoso clown Tony Garnier, que poseí el raro secreto de la risa. Yo soy el hombre que ríe constantemente, perpetuamente... Como el trágico judío de la leyenda, á quien Dios condenó á andar siempre, por los siglos de los siglos, á andar siempre, sin tregua ni descanso, yo también, por mandato divino, estoy condenado á reir.

Y no sé si después de muerto... Doctor ¿cuando el alma se separa del cuerpo, cesa por completo la vida en el organismo humano? ¿No cree usted en la existencia de ese fluído al que Descartes llamaba la «materia sutil»? Porque yo tengo

miedo de que mi carcajada siniestra siga sonando en ese más allá que hay después de la muerte.

Doctor ¡soy el hombre más desgraciado del mundo! ¿Qué podría hacer yo para llorar? ¿Por qué Dios me ha negado el don supremo de las lágrimas? ¡Oh, es espantoso! No hay nada que me conmueva, nada que me emocione... Todo me hace reir. No tengo sensibilidad moral alguna. Soy un mónstruo.

Créame usted estas palabras de verdad que le digo: no hay dolor que para mí sea dolor. El espectáculo de la muerte, que á todos aterra, también provoca en mí la insensatez de la risa. Una noche, mi compañero Moris, por el que sentía yo cierto afecto, cayó desde el trapecio á la pista, destrozándose la cabeza. Corrí maquinalmente á su lado para prestarle auxilio. El pobre muchacho vivía aún. Roja la cara por la sangre que le brotaba de la herida, los ojos desencajados, saliéndosele de las órbitas, la boca contraída por el dolor, el buen Moris estaba real-

mente espantoso. ¡Y qué modo de quejarse el del mísero! Haciendo un supremo esfuerzo de voluntad, pudo, al verme, pronunciar algunas palabras. — «¡Mala suerte, Tony, mala suerte! ¡Me muero, me muero!»

¿Y lo creerá usted, doctor? Inclinado sobre mi camarada, que yacía en el suelo retorciéndose con las convulsiones del dolor, yo reía como un insensato. El público, que se había dado cuenta exacta de la tragedia, bajó á la pista indignado, con el propósito de lyncharme. Yo seguía riendo como un loco, sin hacer caso de los denuestos de la gente. Y todavía — ya ve usted si soy un perfecto miserable,—al recordar al pobre Moris siento ganas de reir. ¡Es monstruoso! ¿Verdad? ¡Es espantoso!

¿Cómo se explica usted esta extraña insensibilidad que me hace inferior á los mismos animales? ¿Cómo se explica usted esta horrible predisposición á la risa? Yo creo que todo esto es un castigo del cielo.

Verá usted... Voy á contarle la tragedia de mi vida. Escúcheme y compadézcame.

* * *

¿Usted ha oido hablar de Alicia Brond, más conocida por el sobrenombre de la *Walkyria?* Pues Alicia Brond era mi mujer: mi mujer legítima. ¿Verdad que era muy hermosa? ¡Oh, sí, muy hermosa! Me parece estarla viendo con sus ojos azules, de un azul obscuro, brillantes como luceros; sus mejillas encendidas, del color de las rosas; su boca grande, sensual, de un rojo sangriento...

¡Dichoso el hombre á quien aquellos ojos miraban con amor; dichoso el hombre á quien aquella boca le hiciera el don de sus besos!

Uno de los mayores encantos de Alicia, me acuerdo bien, era su cabellera de seda y oro, en la que podía envolverse como en un manto regio, y que tenía no sé qué perfume afrodisiaco...

Nos queríamos mucho, mucho... Yo hubiera sido feliz en su amor si

los celos... Doctor, no comprendo que se pueda querer á una mujer sin dudar de ella. Porque como dijo San Agustín, que tenía motivos para conocerlas, las mujeres son el principio y el fin de todo pecado, y no existe nada más quebradizo y frágil que su virtud.

¿Hay mayor tormento, hay mayor dolor que los celos? Yo creo que no. Vivir en perpetuo temor, desconfiar de todo, dudar siempre, es horrible, Y así he vivido yo cerca de dos años. Mucho he sufrido, pero mucho también he hecho sufrir á la pobre Alicia.

Mire usted, doctor, mi mujer era una de esas mujeres que pareciendo malas son, en realidad, mejor que buenas. Ella solía decirme:—«¿Pero qué quieres que haga? Es preciso vivir con el público. Si me miran tengo que mirar, si me sonríen tengo que sonreir. Pero ya sabes que yo no quiero á nadie en el mundo más que á tí.»—Y con los ojos llenos de lágrimas:—«Tony ¿por qué te empeñas en hacerte desgraciado? ¿Por qué

dudas de mi?»—Yo le contestaba furioso:—«¡No quiero que mires á nadie! ¿Lo oyes? ¡A nadie! ¡Tengo celos de todo y de todos! ¡Ah, conozco bien la perfidia de las mujeres! ¿Crees que si no me dieras motivos desconfiaría yo de ti? ¡A veces miras de una manera á los hombres! ¡Era cosa de arrancarte los ojos! ¿Es que porque soy un mísero clown no tengo derecho á velar por mi dignidad de marido? ¡Pues ten cuidado, Alicia, ten cuidado! El día menos pensado pierdo la cabeza y entonces... Esto fatalmente tiene que acabar mal... Tú no quieres enmendarte... Y ya se me va acabando la paciencia».

De todas las enfermedades morales que padece el hombre la única que no tiene cura es la de los celos. Sin tener no ya pruebas si no el menor indicio de la infidelidad de Alicia yo seguía dudando de ella. Nuestra vida era una vida de condenados. Llegué á injuriarla, llegué á maltratarla... ¡Aquellos luceros que brillaban antes en sus ojos se habían apagado; sus labios, de un rojo san-

griento, tenían ahora el color morado del lirio!...

Y al fin surgió la catástrofe. Una noche, después de golpearla brutalmente, sin motivo alguno, la amenacé con señalarle la cara, para que aquella herida, reveladora de su ignominia, la sirviera de perpetuo castigo...

Alicia, rechinando los dientes de rabia, y con una voz que yo no le había oído nunca, me replicó furiosa:

—¡Te has propuesto que sea mala y vas á salirte con tu gusto!

Me arrojé sobre ella, sujetándola por ambos brazos:

—¡Ah! ¿Pero es que me amenazas?

—¡Sí! ¡Te amenazo! ¡Estoy harta de que me maltrates sin motivo!

—¡Alicia!

—¡Tony!

—¡No me provoques!

—¡Señalarme la cara! ¿Por qué? Mi único delito ha sido quererte. Pero descuida, que desde ahora en adelante...

La cogí por el cuello para evitar que siguiera hablando.

—¡Miserable!

—¡Suelta!

—¡Canta, canta como Desdémona, porque vas á morir!

—¡No!... ¡Suelta!

—¡Canta!

—¡Soy inocente!

—¡Ya le darás cuenta á Dios de tu inocencia! ¡Canta!

—¡Perdón!

—¡No hay perdón para ti!

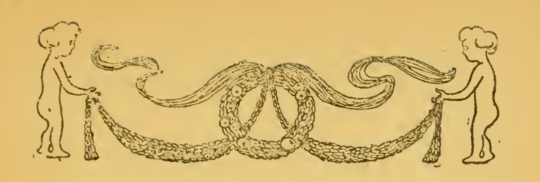
Y seguí apretándola el cuello hasta ahogarla.

Cumplida mi bárbara venganza me eché á reir como un loco. Y desde aquella noche mi carcajada siniestra suena constantemente, perpétuamente...

¡Ay, doctor! ¿Qué haría yo para poder llorar?

. . . .

LA TENTACION



Su voz clamó angustiada.

—¡Deja, Señor, que vuelva á mí!

Y el desgraciado cayó de rodillas, elevando á lo alto sus manos de asceta.

—¡Deja, Señor que vuelva á mí!

Bajó después, humilde, la cabeza, y rezó en voz alta, con voz lúgubre de queja, todas las oraciones del amor divino:

—«Padre nuestro». «Ave María».

Rezando, rezando, pasaron horas y horas. De pronto, el mísero se levantó iracundo:

—¡Anatema!... ¡Maldición!...

Pasado el acceso se echó á llorar. Sus ojos eran como dos manantiales de lágrimas. Lloraba y lloraba sin que se agotara el caudal de ellas.

—Bien sabes tú, Señor—gemía el mísero,—que estoy libre de culpa, que no soy responsable... Años y años te he rogado: «¡no me dejes caer en la tentación!»—¿Por qué no has querido oirme? Yo era feliz en mi pureza. Pero vino el Enemigo Malo y me tentó. Para alejar al pecado, todas las noches, al acostarme, repetía el anatema de San Antonio: «Cuando veáis á una mujer, creed que tenéis presente, no á un sér humano ni á una bestia, si no al Diablo». Y mis sueños eran puros como podían ser los de los ángeles. Luego por las mañanas, al despertar, después de hacer la señal de la cruz, recitaba en voz alta, una y otra vez, á modo de oración, las palabras de San Juan Crisóstomo: «La mujer es la causa del mal, la autora del pecado, la fatalidad de nuestras miserias, la puerta del infierno». Llegué á sentir tal horror hacia ellas que olvidé que había nacido de vientre de mujer. «Las madres—me decía,—no son hembras; son solo madres».

Señor; yo era feliz en mi ignorancia del pecado. No hay satisfacción mayor para el espíritu que el estado de pureza. Mi alma, abrasada en el amor de Dios, no sentía otro deseo que el del sacrificio. Las mujeres pasaban á mi lado como sombras, sin que yo las viese, abstraído en mis meditaciones. Si alguna vez mis ojos se fijaban en ellas, temblaba de horror y de asco. ¿Pero era posible que los hombres perdieran su alma por aquellos mónstruos de abominación?

¡Ay! pero una noche... Era ya tarde. Rezaba yo mis oraciones. De pronto, llamaron á la puerta. Salí á abrir, intranquilo. ¿Quién podía ser á aquellas horas? ¡Dios mío! la que llamaba era la Mujer, era la Tentación, era el Pecado, que venían á perderme.

Me eché á temblar al verla, y, haciendo la cruz, retrocedí asustado:

—*¡Vade retro!*

Yo no podré describir nunca la forma carnal de aquel demonio de seducción. ¿De qué color eran sus ojos? ¿Negros ó azules? No sé... creo

que negros. ¿Era rubia ó morena? Rubios son los ángeles, morenas son las mujeres... Sí... debía de ser morena.

Deslumbrado ante su belleza, cerré los ojos para no verla. Pero la Mujer habló. Yo no oía sus palabras sino la música de su voz. ¡Oh, qué bien suena en boca de mujer el silbido de la serpiente!

De pronto, la Impura, para acabar su obra de seducción, llegó hasta mí y me cogió una mano. Al contacto de su carne sentí paralizarse la sangre en mis venas, y me pareció que mi cerebro dejaba de funcionar.

¿Qué tiempo pasé en aquel estado de inconsciencia? No sé... ¡Un segundo del valor de un siglo! Cuando volví á la vida, la Mujer seguía allí, mirándome implacable con sus ojos de tentación.

—*¡Vade retro!*—clamé de nuevo angustiado.

La Impura, sin hacer caso de mis palabras, me echó los brazos al cuello.

Quise huir, pero estaba cogido por el Demonio y no podía moverme,

como si mis pies hubieran echado raíces en la tierra.

—¡Señor, Señor, ven en mi ayuda!

Pero Dios no quiso oirme, no quiso darme fuerzas para resistir la tentación.

Entonces, sin darme cuenta de lo que hacía, cediendo á la necesidad del instinto, uní mi boca á la boca de la Impura. En aquel beso de amor puse toda mi alma. ¡Nunca mujer alguna fué besada como lo fué aquella! La serpiente me habia ofrecido la manzana del Pecado, y yo la devoraba con el ansia del hambriento.

—¡Te amo, te amo!—la dije,—sin dejar de besarla, metiéndola las palabras en la boca.

Ella luchaba por desasirse de mis brazos.

—¡Te amo, te amo!

Una extraña laxitud languideció de pronto todo mi cuerpo. Y mi cabeza cayó rendida sobre el hombro de aquella mujer.

Aprovechándose de mi confusión huyó la Impura, huyó con la rapidez del viento.

Quise seguirla, pero el Demonio me tenía sujeto aún y no podía moverme, como si mis pies hubieran echado raíces en el suelo.

* * *

Desde entonces vago por el mundo buscando en vano aquel fantasma de mujer.

Y por más que la llamo no acude á mi voz.

¡Dejad, Señor, que vuelva á mí! «Padre nuestro...» «Ave María...»

UN DESNUDO DE RUBENS



El loco había sacado la cabeza por entre los barrotes de la ventana—una cabeza espantable, de cabellos erizados, que se movía incesante, con movimientos nerviosos —y me llamaba con gritos de desesperación.

—¡Caballero! ¡Si quisiera usted hacerme el favor de oirme unos momentos!... Tengo que revelarle un secreto importantisimo... Escúcheme usted por lo que más quiera en el mundo... Sólo unos momentos... Acérquese usted sin miedo... Yo no hago mal á nadie... Yo soy un pobre loco inofensivo...

É interrumpiéndose y clavando en mi sus ojos de fiebre:

—Mire usted, caballero, no quiero

engañarle. Yo no sé decirle á usted en verdad si estoy loco ó estoy cuerdo. ¿La razón es el don de pensar que Dios ha dado á los hombres para diferenciarlos de los animales? Pues entonces, á pesar de lo que digan los médicos, puedo asegurarle á usted que estoy en el pleno dominio de mis facultades mentales. ¡Qué más quisiera yo que mi cerebro hubiese dejado de funcionar regularmente! ¡Qué más quisiera yo que verme libre del tormento de pensar!

Y después de una pausa:

—Creo que vivimos equivocados. ¿Por qué considerar la inteligencia—¡oh vanidad humana!—como un privilegio, como una gracia suprema? ¡Cuánto más felices que nosotros los animales, libres del dolor del pensamiento! Todos los males del hombre tienen su orígen en el cerebro. Yo he pedido al médico que me amputase el mío, como si fuera un tumor, pero no ha querido hacerme caso. ¡Los médicos son tan imbéciles! Créame usted, yo sería feliz si no pensara, si no recordara que...

Y girando cada vez más descompasadamente, más frenéticamente la cabeza, siguió diciéndome:

—¡Que no se entere nadie, que nadie escuche lo que voy á decirle!... ¡Me va en ello la vida! Caballero, soy un miserable: ¡he matado á mi mujer!

Y tapándose la cara con las manos como si se sintiera horrorizado de sí mismo:

—¡Sí; soy un miserable! ¡No merezco perdón de Dios ni de los hombres! Pero no se marche usted... Tengo que contarle la historia... Toda la historia... No crea usted que soy un asesino vulgar... Cuando usted sepa...

Sus ojos se llenaron de lágrimas:

—Yo puedo decir como Otelo: «mi cólera es como la de Dios, que destruye los objetos que más ama».

Hizo una pausa, y después, algo más sereno, aunque siempre moviendo la cabeza vertiginosamente, continuó:

—Pues verá usted: yo estaba muy enamorado de mi mujer. ¿Cómo no

sentir el amor ante aquel prodigio de la Naturaleza? Dios al darla vida dijo: «Ahí va mi obra maestra.» No puedo describir con palabras su belleza porque no las hay que den idea de lo que era aquel portento de encantos y de gracias. Ya le digo á usted: la obra maestra del Gran Artífice.

La voz del loco se hizo musical; al hablar parecía que cantaba.

—Puedo asegurarle á usted—continuó—que la felicidad no es una mentira. Yo he sido feliz como no lo ha sido nadie en el mundo. El hombre que ha poseído á la mujer amada no tiene derecho á negar la felicidad.

Hizo otra pausa; ahora su voz se tornó bronca y al hablar parecía que lloraba.

—Verá usted cómo ocurrió mi desgracia. Paseábamos nuestro idilio por la hermosa Italia. Ya habíamos visitado Roma, Nápoles, Venecia, Milán... Y llegamos á Florencia. Pues bien: una tarde fuímos al Museo Dei Office y al entrar en la

sala destinada á Rubens... ¡Oh, en aquellos momentos sí que puedo asegurarle á usted que me volví loco! Porque imagínese usted cuál sería mi sorpresa y mi espanto y mi indignación al ver que uno de aquellos lienzos representaba á una mujer desnuda, y que aquella mujer era una copia exacta de la mía, lo que se dice una copia exacta.

Sí; aquella era su cara ¡su misma cara! y aquel era su cuerpo ¡su mismo cuerpo!... Era ella ¡toda ella! Sus ojos, su nariz, su boca, su cuello, su seno, sus piernas... ¡era ella, toda entera!

¡Rubens había visto á mi mujer desnuda! Otros ojos, antes que los míos, habían gozado de la contemplación de aquel cuerpo que yo creía sagrado. ¿Pero era esto posible?

Ya le he dicho á usted que en aquellos momentos estaba completamente loco. Saqué el revólver y disparé primero sobre mi mujer y luego sobre el lienzo revelador de mi deshonra. Unos hombres me detuvieron

y me llevaron no sé á dónde y luego me trajeron aquí.

Ahogado por los sollozos dejó de hablar; luego, ya sin preocuparse de mí, monologó:

—¡Pero Rubens nació hace mucho tiempo y no pudo conocer á mi mujer! ¿Cuántos años hace que nació Rubens? ¡Doscientos, troscientos años! ¡No! ¡No pudo conocerla! Pero la *adivinó* y he hecho bien en matarla. ¡La *adivinó!*

Y llorando y riendo á un mismo tiempo:

—¡Sí, he hecho bien en matarla!



UN SUICIDIO





En las ropas del suicida se encontró una carta, dirigida al juez de guardia, que, copiada á la letra, decía así:

«Le escribo á usted por respeto á los precedentes. Todo hombre que se mata tiene el deber de confesarse con el juez de su distrito. Obedezco la ley de la rutina.

Sin embargo... Yo no le concedo á usted potestad para juzgarme. El haberse aprendido de memoria el *Digesto*, no le da á usted derecho á tanto. ¡Ah, señor juez, Cristo no practicaba la justicia llevando un bastón de borlas en la mano!

Mi *caso* es un *caso* especial. Yo no sé si será usted capaz de compren-

derme. ¿Ha leído usted á Nietzsche? Quizás no, porque Nietzsche es incompatible con el Código. Pues el gran filósofo ha dicho que la vida solo puede tolerarse con la esperanza de la muerte.

Es una horrible frase ¿verdad? Pues bien; ese gran pesimista de Nietzsche, que estando loco razonaba como cuerdo, ha puesto en mis manos, como en la de tantos otros, el revólver del suicida. ¡Sí; tenía razón el maestro: la muerte es la única esperanza!

¿Por qué me mato? Yo mismo no puedo decirlo. Porque sí; que es toda una afirmación. Me hallo en una situación tan especial de ánimo..... Todo me aburre. ¿Por qué, si el cielo es azul, á mí se me aparece negro? ¡Ay, señor juez, si yo pudiera llorar! ¡Ay, señor juez, si yo pudiera reir!

Los médicos dicen que padezco de ese mal extraño, llamado neurastenia, del que ha dicho Charcot que es una enfermedad que no mata, pero que no deja vivir.

¡No! ¡no deja vivir! Y por eso... La

vida es mala, ¿quién sabe si la muerte...? ¡Oh, la atracción de lo desconocido, la fuerza del misterio!..... Señor juez, ya que en este mundo me ha ido tan mal, vamos á ver si en el otro... ¿Quiere usted acompañarme en el viaje? Mi revólver es de seis tiros. Dos para usted y dos para mí. Sobran otros dos para quien quiera aprovecharlos.

* * *

Hace muchos años que llevo amartillado en la mano el revólver del suicida. Si no le molesta, voy á contarle una triste historia sentimental.

Yo he padecido como tantos otros, la enfermedad del amor. Decir mujer, es decir engaño y falsía y traición; decir amor, es decir tormento y pena y desesperación y muerte.

¡Si la hubiera usted conocido, señor juez!... Era un mónstruo de belleza. Colocada sobre un pedestal, la multitud la hubiese admirado como á la divina mujer de Milo.

Tenía los ojos verdes, quo se tornaban negros en el instante divino

del placer, y las cejas de color azulino, graciosamente curvadas, y la boca, siempre sonriente, engarzada de perlas, y el pelo dorado como el trigo, y la tez blanca como la nieve y como la espuma.

Era un mónstruo de belleza. Cuerpo de estatua y rostro de mujer. Venus y Eva al mismo tiempo. ¡Bendito el artífice que la engendró, y el vientre, divino molde de belleza, en que se cuajó su carne maravillosa! Nos queríamos mucho, mucho...

—¡Venus!

—¡Apolo!

—¡Un beso!

—¡Ciento!

Nos queríamos mucho, mucho...

Pero después de unos cuantos meses de amor, mi adorada se cansó de mis caricias. Y ya no me llamaba Apolo, sino Juan, y yo no la llamaba ya Venus, sino Venancia.

Y acabó por abandonarme.

* * *

Aquel amor fué un amor de la carne; un amor de los veinte años,

cuando el deseo, siempre en fiebre, pide más y siempre más...

Luego, pasado algún tiempo... ¡Si la hubiera usted conocido, señor juez! Era como una de esas vírgenes creadas por los pintores del renacimiento. ¡Un alma sin cuerpo, un algo inmaterial y divino! Colocada en un altar, la hubieran adorado como á la Madre de Dios.

Tenian sus ojos negros la hermosura del dolor; su boca, de lábios pálidos, ¡que yo torné en rojos á fuerza de besos! no sonreía nunca, no reía nunca; su tez era de un blanco azulado, ¡el color de los muertos! su cabeza, «más bien que iluminada, luminosa», se inclinaba pensativa.

Y también me quería mucho, mucho...

—¡Mi vírgen!

—¡Mi cielo!

—¡Un beso!

—¡Ciento!

Y también me abandonó. Decir mujer—ya lo he dicho antes,—es decir engaño y falsía y traición.

* * *

Yo no he hecho mal á nadie; yo he sido bueno como todos y nadie lo ha sido conmigo. Yo creía en la amistad y en el amor. ¡Y ya no puedo creer en nada!

Estoy solo en el mundo. Nadie me quiere ni yo quiero á nadie. Huyo cuando alguien intenta acercarse á mí. La vista de las mujeres me produce náuseas; la vista de los hombres me causa horror.

No tengo más distracción que los libros, y los libros me dicen:—Todo es mentira en la vida; no creas en nada; negar es ser fuerte; odiar es ser doblemente fuerte.

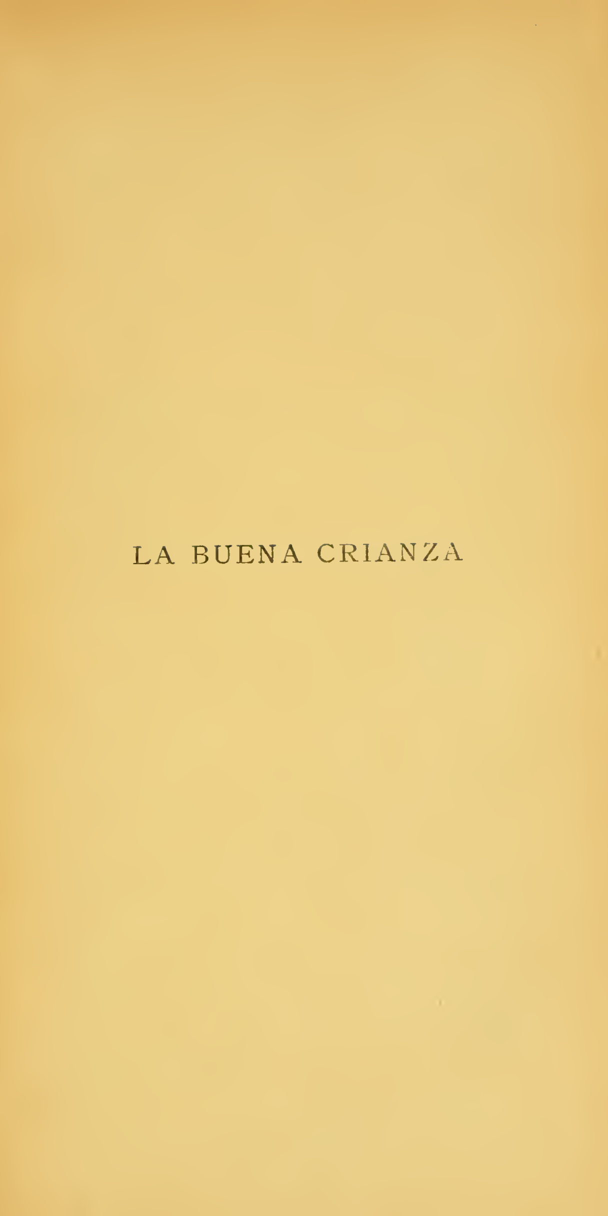
Estoy aburrido, señor juez; no hay placer que para mí sea placer; no hay dolor que para mí sea dolor. No sé reir... no sé llorar...

Sí; un buen tiro en la sien... No tengo otra solución... Desliguemos el cuerpo del alma. ¡Mal matrimonio el de la materia y el espíritu! Dormir siempre... no sentir... no pensar... ¡Muertos el corazón y el ce-

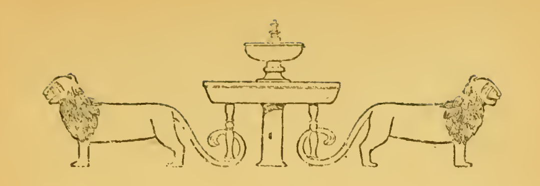
rebro, nuestros dos grandes enemigos! .. El cuerpo, sin movimiento; el alma, sin sensaciones..., ¡qué felicidad!

Señor juez, siga usted mi ejemplo. Ahí queda mi revólver. ¡Dos tiros, y á descansar para siempre!

Conque... ¡Adiós!... ¡Qué bien voy á dormir esta noche en mi lecho de tierra!



LA BUENA CRIANZA



Han salido de Lugo diecisiete dementes, conducidos á la pena de reclusión perpétua en el manicomio de Valladolid. Ya en el tren, los reclusos, después de examinarse recelosos, hablaron entre sí.

—Yo—dijo uno—según los médicos, estoy mal de la cabeza. Y no es verdad. Si gasto el dinero en francachelas es porque es mío. Buenos sudores me ha costado ganarlo allá en tierras de América. Pero mi mujer se quejó al juez de que la estaba arruinando. Y el juez mandó llamar á un médico para que me reconociera. Y el médico, á quien había comprado mi mujer, me declaró loco. Y por eso me llevan al manicomio, por eso.

—Yo—dijo otro,—no estoy seguro de mi razón. Sorprendí á mi novia hablando ya muy de noche con un hombre y me fuí á ella; él huyó cobardemente, abandonándola á mi ira, y me harté de darla golpes con la navaja. Vinieron los guardias y me detuvieron. Yo lloraba y reía á un mismo tiempo y daba gritos y quería matarme. Entonces me pusieron una camisa de fuerza. Y vino un hombre y sin siquiera mirarme me declaró loco. Y loco estoy y así he de estar hasta que me muera.

—Pues yo—siguió un tercero,—no sé por qué me llevaron al manicomio. Aseguro que en la vida no hice nada malo. Pero la gente del pueblo me tomó manía y dió en decir que estaba loco. ¡Lo que pueden las malas lenguas! Todo por cuestión de envidia. Porque saben que soy hermano del rey Felipe II.

—Por un motivo análogo—añadió un cuarto,—me llevan detenido á mí. También por cuestiones de envidia. Porque sepan ustedes, señores, que yo soy el emperador de Francia,

ya fallecido á quien llamaban Napoleón I.

—Perdone usted. Napoleón I soy yo—replicó otro de los locos.

—Haya paz, señores, ó esos hombres que nos guardan van á creer que, efectivamente, hemos perdido la razón.

Ageno á estas dísputas, uno de los alienados, con la cabeza oculta entre las manos, canturreaba dulcemente:

Ahí tienes mi corazón
si le quieres matar, puedes;
pero, como tú estás dentro,
si le matas, también mueres.

Otro de los locos gritaba exaltado;

—¡Digan ustedes lo que quieran, si ahora es dia luego será de noche!

—¡Napoleón I soy yo!

—Bueno, no discutamos; entonces seré yo el sultán de Turquia.

. . . .

Y el tren seguía su marcha camino de Valladolid, conduciendo aquel triste convoy de enfermos.

LA MUERTE
DE MARÍA ANTONIETA





RÍASE usted de todos esos idealistas que creen posible la igualdad, la fraternidad humana! Mientras el mundo exista, existirá la ley de castas y la diferencia de clases. El poder real es el poder real, la aristocracia es la aristocracia, y el pueblo es el pueblo. ¡Si lo sabré yo, que soy el hombre más grande que ha producido la Revolución francesa!

Voy á contarle á usted lo que me ha ocurrido en esta mi segunda aparición en la vida.

Hay en Madrid, en la llamada calle de Tudescos, una casa triste, lóbrega, sin sol y sin aire, que amenaza venirse abajo, rendida por la

pesadumbre de los años. Pues bien, en esa casa ha vivido, hasta hace poco, la propia María Antonieta, reina un tiempo de Francia.

Yo la vi una tarde asomada al balcón, y quedé deslumbrado ante su belleza soberana. Luego, pensé: «¡Pero si yo conozco á esa mujer!» Y seguí reflexionando: «¡Vaya si la conozco!» Pero no acertaba á adivinar quien era. Hasta que mi cerebro se iluminó de pronto con la luz de una idea: «¡Pues si es la *Austriaca!*»

Sí, aquella mujer era la propia imagen, el propio retrato de la pobre reina guillotinada. Como ella tenía la frente alta y serena, los ojos azules, los cabellos rubios—de un rubio pálido, color de oro viejo,—la boca altiva, la nariz aguileña...

La ilusión era completa. Estaba en presencia de María Antonieta rediviva. Y tuve tentaciones de saludarla con una reverencia de *minué*.

Usted dirá: «¿Pero cómo podía ser aquella mujer, María Antonieta?» La verdad, no sé que responderle.

La vida está llena de estos hechos inexplicables.

Sin embargo, ¿por qué no creer que hay séres extraordinarios á quienes Dios concede el privilegio de gozar de dos ó más existencias? Yo soy uno de esos séres extraordinarios. Fíjese usted en mí. ¿No me reconoce usted? Esta fealdad grandiosa de mi rostro debe ser para usted una revelación. Dios sólo ha hecho un hombre semejante á mí—dijera mejor un mónstruo:—Mirabeau. Y al no ser yo Mirabeau, claro es que tengo que ser por fuerza Danton.

Sí, sépalo usted; yo soy el famoso convencional del 89, el compañero de Marat y Robespierre, el hombre de las matanzas de Septiembre; yo soy aquel que dijo al verdugo al pie de la guillotina: «Enseñarás mi cabeza al pueblo, ¡qué bien vale la pena de que la vea!» Yo soy Danton redivivo. ¿Y querrá usted crerlo? Así como yo me doy cuenta de mi existencia, así como yo sé quién soy, María Antonieta, en cam-

bio, ha olvidado por completo su historia, su pasado, ignora quien es, y no hay modo de convencerla de que ha nacido en Viena y que es hija de María Teresa y viuda de Luis XVI.

Yo le hice el amor con fines puramente altruistas; yo intentaba, al casarme con ella, realizar la unión entre la monarquía y el pueblo. Y María Antonieta me ha rechazado, se ha burlado de mí. ¡Si no hay modo de hacer compatible lo que es fatalmente incompatible!

Yo me dirigí á ella con el sigüiente discurso:

—Señora: Vengo á proponeros la alianza del poder real con la revolución. El siglo XX no es el siglo XVIII. Ya no hay clases ni privilegios. Su igual humana es un hecho y María Antonieta bien puede ser la esposa de Danton.

Ella se echó á reir.

—¡Pero está usted loco!

Yo continué imperturbable:

—¡Qué felicidad haberla encontrado á usted en esta triste casa de

la calle de Tudescos! ¿Pero por qué ha abandonado usted su palacio de las Tullerías? ¿Viene usted acaso de Versalles ó de Marly? ¿Dónde está su corte amable de adoradores? ¿Y el conde de Artois? ¿Y el de Provenza? ¿Y los caballeros Coigny, Tersén, Vaudreil, Lauzan y tantos otros? ¿Dónde sus damas? ¿Y la princesa de Lamballe? ¿Y el buen rey? Permítame usted, señora, que la salude con una reverencia de *minué*. Permítame usted que bese con toda cortesía su manita real.

No, no se asuste usted, no me mire usted con esos ojos de espanto. Yo ya no soy el Danton de aquellos tiempos terribles. Yo soy ya otro hombre distinto. Si quiere usted, estoy dispuesto á gritar ¡viva la Monarquía!, á condición de que usted grite: ¡viva la República! Hagamos un pacto: unamos á la vieja Tiranía con el pueblo emancipado. ¡María Antonieta casada con Danton! ¿Y por qué no? Ya le he dicho á usted que estos son otros tiempos. Además, el odio de la Revolución nos ha igua-

lado. ¡Piense usted que nuestras cabezas han podido besarse en la trágica cesta del verdugo Sansón! Yo abjuro, señora, en honor de usted, de todos mis ideales políticos. Danton se declara cortesano de María Antonieta. ¿Cómo no ser vasallo de tal reina? Imagínese usted por un momento que soy el conde de Artois ó el de Provenza, que soy uno de tantos caballeros de su corte de amor. Permítame usted que me arrodille á sus pies, como cumple á un buen cortesano. ¡Oh, reina y señora, yo la adoro con toda mi alma!

Ella me miraba asustada, sin saber que responderme.

—¡Me da usted miedo! ¡Yo no soy María Antonieta!

—¡Ah!, ¿te obstinas en negar?

¡Tú eres María Antonieta! ¡Tú eres la *Austriaca!*

Y la cogí furioso por un brazo. ¡Danton estaba con la calentura!

—¡Suélteme usted!

—¡Declara que eres la *Austriaca!*

—¡Perdón! ¡Soy inocente!

—¡No!

—¡Socorro! ¡Socorro!

Le eché las manos al cuello.

—¡Muere, pues, ya que no quieres ser mia!

. . . .

Por eso le decia á usted que no es posible la alianza entre el poder real y el pueblo.

LA MÁSCARA
DEL DOMINÓ NEGRO




Era, seguramente, por el aire de misterio que parecía envolverla, la máscara más interesante que habia aquella noche en el Real.

De pie enmedio del salón, apoyábase indolente en uno de esos bastones de la época del Directorio, ligeros y frágiles como juguetes, caprichosamente adornado de cintas y flores. Iba sencillamente vestida con un dominó de seda negro, amplio y largo, tachonado de lentejuelas doradas. A través del antifaz, que le cubría por completo la cara, brillaban sus ojos negros como la noche. Sobre el pecho caíale desmayado un ramo de violetas marchitas.

Me acerqué á ella, y después de

unas frases banales, la invité á que diésemos una vuelta por el salón. Cogióse de mi brazo sin decir palabra. Su andar era lento y solemne. Si las estátuas tuvieran el don del movimiento así debían caminar. Fué en vano que la interrogase, haciéndola esas preguntas indiscretas propias del lugar y de la ocasión. «¿Cómo se llama?» «¿Esperaba á alguien?» «¿Había ido al baile sola ó acompañada?» «A juzgar por la gentileza de su cuerpo debía de ser muy bonita». Pero mi desconocida, indiferente á mis palabras, callaba obstinada, sin contestarme más que con impertinentes monosílabos: —«Sí... No...»

De pronto, estrechándome el brazo instintivamente y juntando su cuerpo al mío, me dijo con voz queda, dulce como un suspiro de amor:

—¡Tengo frío, mucho frio!

Cogí sus manos y sus manos estaban heladas. ¡Y en el salón había un calor de cuarenta grados sobre cero! Pensé que se habría puesto repentinamente enferma, y cada vez más interesado por aquella extraña mu-

jer, la invité á que pasáramos á un gabinete del restaurant, donde haríamos encender un buen fuego y beberíamos juntos, si tanta era su bondad, unas copas de champagne.

La máscara del dominó me estrechó la mano en señal de agradecimiento.

—¡Oh!—dijo.—Es un frío de muerte —al hablar sus dientes castañeteaban y su cuerpo se extremecía con temblor nervioso.—¡Un frío de muerte!

Una vez instalados en el gabinete y encendida la chimenea, mi desconocida se sentó ante el fuego, contemplando, pensativa y muda, el fantástico vaivén de las llamas.

Me acerqué á ella galante y la invité á que se quitara la máscara y bebiese conmigo una copa de champagne.

Movió la cabeza en señal de negación, y luego, después de una pausa, me dijo con voz grave y solemne, clavando en mí sus ojos que brillaban febriles:

—No quiera usted saber quien

soy... ¿Para qué? ¡Maldito afán del hombre por averiguarlo todo! La verdad es causa de la desilusión... Piense usted de mí lo que quiera... Piense usted de mí que soy joven y bonita y alegre y complaciente... Crea usted que no hay otra verdad positiva que la mentira.

Quedó otra vez silenciosa, y luego, con voz triste:

—Hace usted mal en acompañarme... Ya ve usted que soy una máscara muy poco divertida...

Y suspirando:—Es imposible que podamos entendernos... Hace ya mucho tiempo ¡mucho tiempo!, que las pasiones del mundo no hacen latir mi corazón. Cuerpo muerto, alma muerta, estoy incapacitada lo mismo para el amor que para el odio.

Un poco excitado por el champagne y deseoso de descubrir el misterio que rodeaba á aquella mujer la interpelé irritado y nervioso.

—¡Basta ya de engaños! ¡Quítate esa careta para que mis ojos te vean! ¡Hagamos del Carnaval fiesta de la verdad! ¡Tengo necesidad de saber

quien eres, tengo necesidad de saber lo que piensas, tengo necesidad de saber lo que sientes!

Mi desconocida seguía silenciosa, fija toda su atención en el llamear de los troncos.

—Yo no sé que pensar de tí—seguí increpándola.—Eres un enigma, eres el Enigma. ¿Por qué gozas así en el engaño y en el misterio? ¡Habla, mujer, habla y justifícate!

La máscara movió los labios como si rezara, y luego, con voz solemne:

—¡Cúmplase tu voluntad, Dios mío!

Y poniéndose en pie se arrancó con ademán violento el antifaz y me miró decidida á la cara.

—¡Aquí me tienes!

La miré espantado. Aquella mujer parecía una muerta, era una muerta. Pálida, de una palidez mate, los ojos apagados, sin brillo, las labios blanquecinos, las mejillas fiácidas y exangües, el pelo lacio, cayéndole desmayado sobre la frente, la máscara del dominó se me imaginó como

un cadáver que se hubiese escapado de su tumba.

—Aquí me tienes—siguió hablándome con su voz ténue y dolorida.—¿Te parezco hermosa? ¡Ay, un tiempo lo fuí! Pero ya no puedo inspirar sino horror ó compasión.

Y después de un silencio:

—Voy á contarte mi historia, toda mi historia... Va á hablar por mi boca la voz de la verdad. Dios me lo manda. Que Él me perdone. Pero permítame que continúe calentándome en el fuego. Estoy helada... Tú no puedes imaginarte lo que es el horror de este frío... Ya te lo he dicho antes: es un frío de muerte, que me penetra hasta los huesos, que paraliza mis movimientos, que me congela la sangre en las venas... ¡Y no hay fuego que pueda darme calor!

—Oye—continuó—mi trágica historia. Seré breve. ¡Ay, solo Dios sabe el trabajo que me cuesta hablar! Hace ya muchos años que vine una noche á un baile de máscaras del Real. Iba acompañada del Amor.

Y mi marido, á quien creíamos ausente de Madrid, nos sorprendió aleve, cuando nos entregábamos, confiados, á las ternuras del amor. El drama ocurrió en un cuarto igual á éste, quizás en este mismo cuarto. Mi marido al vernos abrazados, se echó á reir con una risa de dolor y espanto como yo no he oido nunca. Luego, sobre seguro, á quema ropa, disparó primero sobre mi amante y después sobre mí los seis tiros de su revolver. ¡A un mismo tiempo lanzamos nuestro último suspiro de amor y nuestro último suspiro de vida!

Y desabotonándose rápidamente el dominó me mostró su pecho desnudo, desgarrado por dos anchas heridas, frescas aún, por las que manaba impetuosa la sangre.

—Estas son las dos heridas que me causaron la muerte, y que todos los años, tal noche como esta vuelven á abrirse...

Yo la oía aterrado, sin atreverme á interrumpirla.

—¿La muerte?

—S'; la muerte. Como castigo á mi

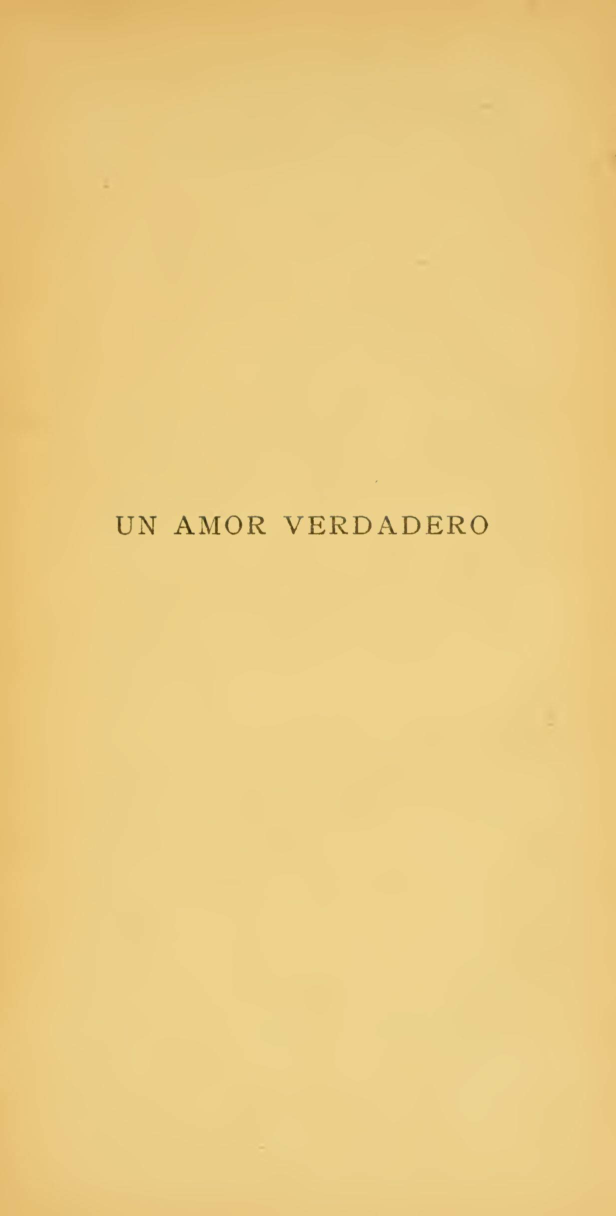
delito Dios me manda que venga todos los años á este baile del Real. Por eso me tienes aquí. ¿Comprendes ahora por qué te decía que las pasiones del mundo no pueden hacer latir mi corazón?

Dieron las cuatro. Al sonar la última campanada la mujer del dominó se puso en pie.

—Adios. Es mi hora. Antes de que amanezca tengo que estar *allí*... Toma, como recuerdo de esta noche, este ramo de violetas, muertas como yo.

Abrió la puerta y desapareció. Yo la dejé ir, sin intentar detenerla. Y ya de mañana, cuando entró el camarero en el cuarto, me encontró dormido sobre una silla, apretando convulsivamente entre las manos un ramillete de violetas marchitas. En el suelo había unas cuantas manchas de sangre, fresca aún. Sobre la mesa veíanse vacías dos botellas de champagne.





UN AMOR VERDADERO



Pocos hombres podrán asegurar—y al decir estas palabras don Juan sonreía melancólico — que han sido amados, como lo he sido yo, con amor de *verdad*.

Las mujeres—¡oh', las conozco bien, todo lo que es posible conocerlas!—entienden el amor de un modo tan extraño... Con rendirse á nuestros requerimientos y hacernos entrega de una porción de su cuerpo ya creen... Y el amor es algo más que eso. De éxtasis divino lo calificó el poeta.

Yo he pasado mi vida de mujer en mujer, como la mariposa de flor en flor. El número de mis conquistas, si se sumaran, arrojaría un

buen total. ¡Oh, la verdad que no puedo quejarme! A cambio de unas cuantas palabras de exaltación amorosa las pobres me han dado todo lo que me podían dar.

En mi fiesta, como en la de Tenorio, figuran mujeres de todas clases y categorías, «desde la princesa altiva», etc., y de todas los órdenes de la belleza; rubias, morenas, trigueñas...

Declaro que soy ecléctico en cuestiones de estética, que me gustan todas, todas en general.

Aquella mujer que me amó con amor de *verdad*, no era, desgraciadamente, una hermosura. Pero tenía los ojos más prodigiosamente bellos que he visto en mi vida. Eran como el sol, que deslumbraban, que cegaban con su luz, y tenían tal poder magnético de fascinación que rendían las más fuertes voluntades. ¿Cómo sufrir la mirada dominadora de aquellos ojos ardientes sin sentirse tocado de amor?

Diré á ustedes, para completar este esbozo de retrato, que Irene

—que así se llamaba la protagonista de mi historia—era morena, muy morena, la boca grande, de labios pálidos, de pelo negro y abundante, el cuerpo chiquito, pero admirable de forma...

Considerada en conjunto, sin estudiar el detalle, podía calificársela entre esa clase de mujeres que sin ser bonitas son más que bonitas. ¡Oh, aquellos ojos, aquellos ojos negros de Irene!

Y sin embargo, yo apenas si me fijaba en ella. ¡Pero qué idiotas somos á veces los galanteadores de oficio!

Por aquel entonces estaba yo dedicado á la conquista de una hermosísima rubia, mujer de tal magnificencia carnal, de tal exhuberancia de sexo, que hacía recordar á las Tres Gracias de Rubens, á las Tres Gracias juntas. Y aquella mujer era la hermana de Irene.

Alguna vez sentía fijos en mí, melancólicos y ardientes á la vez, los ojos terribles de la muchacha.

—¡Demonio de chiquilla!—pensaba

yo—¿por qué me mirará de esa manera?

Alguna vez Irene me dirigía también la palabra con su voz triste y ténue, que semejaba un suspiro.

—¡Qué hermosa es Matilde! ¿verdad? (Matilde era su hermana). Comprendo que esté usted enamorado de ella. ¿Qué mujeres le gustan á usted más, las rubias ó las morenas? ¡Vaya una pregunta! dirá usted. Le ruego que me perdone mi curiosidad. Tengo el defecto de ser algo indiscreta.

Y mirándome fijamente para mejor abrasarme con el fuego de sus ojos:

—¿Las rubias ó las morenas?

Yo la contestaba galante:

—En secreto: las morenas.

Coloreada de rubor, Irene me miraba agradecida.

—Yo quisiera ser como mi hermana, tan hermosa como mi hermana. Pero la Naturaleza no ha querido favorecerme como á ella. Sin embargo, yo no creo ser del todo fea.

Alguna vez me miro por curiosidad al espejo—yo soy muy poco coqueta—y no suelo encontrarme del todo mal. ¿Se ha fijado usted en mis ojos?—y al decir esto, Irene me asaeteaba con sus miradas terribles.—Alguien que me hace el amor, y al que no hago caso, dice de ellos «que son negros y profundos como abismos». Tampoco creo que mi cuerpo esté por completo falto de atractivos. Mire usted que pie tan chiquitín tengo—y se alzaba atrevidamente la falda para enseñarme la monería de sus piececillos, tan exageradamente pequeños, que podía abarcarse á los dos con un solo beso.—Vea usted mis manos, de las que dice ese muchacho que me hace el amor «que son dignas de una reina».

Pero yo estaba loco y no hacía caso de las adorables coqueterias de la pobre Irene.

¡Decididamente los galanteadores de oficio somos unos perfectos idiotas!

* * *

La conquista de Matilde—la rubia que por la esplendidez de sus formas hacía recordar á las tres Gracias de Rubens, á las tres Gracias juntas—era cosa hecha. ¡Una más que aumentar á mi lista amorosa!

A fuerza de ruegos había conseguido de ella que me concediera una cita en sus habitaciones pasadas las doce de la noche. Así como Irene era toda espíritu, Matilde era toda carne. ¡Y yo la había hecho perder el poco juicio que tenía con mis mentidas palabras de amor!

Llegó al fin—todo llega en este mundo, todo lo que ha de ser es—el día y la hora de la cita. Un poco emocionado — yo he sido siempre algo sensible—me dirigí á las habitaciones de mi enamorada.

—¡Al fin cayó! ¡Phis! ¡phis! Era de esperar. La fruta estaba madura. He tenido la suerte de llegar á tiempo... Y la muchacha como bonita es bonita...

Asi monologaba yo, frívola y ale-

gremente, al llegar á la alcoba de Matilde. Iba á hacer la señal convenida—tres golpes discretos en la puerta—cuando del fondo obscuro del pasillo surgió una sombra de mujer que avanzó hasta mí resuelta y me detuvo por un brazo.

—¡Silencio! Soy yo, que he venido siguiéndole.

—¿Irene?

—Sí, Irene... Iba usted al cuarto de mi hermana, ¿verdad? No puede usted negarlo. ¿A sorprenderla? ¿Citado por ella? ¡Igual dá! De todos modos he llegado á tiempo de que cometa usted una infamia.

Hablaba indignada, apretándome el brazo con fuerza nerviosa.

—Nunca lo hubiera creído en usted. ¡Dios mío, qué tristeza de vida! ¡Todos iguales! ¡Qué hombres! ¡Y yo que le juzgaba á usted distinto á los demás! .. ¡Qué decepción! ¡Digo que me dá usted horror!

Y de pronto, variando de tono, con voz enérgica:

—Voy á decirle la verdad... El hecho es que estoy algo enamorada

de usted... He venido siguiéndole impulsada por los celos. ¡Mi hermana! ¿Qué me importa mi hermana? La odio porque es la causante de mi desgracia. Sin ella acaso usted... ¡Oh! ¿verdad que no le parezco á usted tan fea?

Un poco desconcertado — yo no pierdo nunca del todo la serenidad— solo se me ocurrió decirla:

—¡Silencio, pueden oirnos!

—¿Y qué me importa que nos oigan? —gritó Irene.—Estoy decidida á todo.

Y después de una pausa:

—Ya sabe usted que hace días estoy enferma. Tóqueme usted las manos. Están ardiendo, ¿verdad? Es el fuego de la fiebre. Esta noche, como todas las noches, estaba desvelada, sin poder dormirme, pensando en usted... De pronto, oí una voz que venía no sé de dónde y que me decía: «Tu amado acaba de llegar». Salté de la cama y me encaminé instintivamente aquí. La voz misteriosa no me había engañado. Tanta prisa tenía por llegar que he venido medio desnuda. Gracias á que con la

obscuridad no puede usted verme... ¡Y tengo frío, mucho frío!

Hizo otra pausa, y después añadió con voz dolorida:

—No quiero detenerle... ¿Con qué derecho? Entre usted... Mi hermana le espera... Perdóneme si le he molestado... ¡Adiós! ¡Que sea usted feliz! ¡Adiós para siempre!

Conmovido ante tanta generosidad, la eché los brazos al cuello y uní mi boca á la suya... Yo no sé el tiempo que duró nuestro éxtasis. De pronto sentí que el cuerpo de Irene se desplomaba, rendido y sin fuerzas... Creí que se habría desmayado y la conduje en mis brazos á su habitación. Y cumplido este piadoso deber de caridad, me dirigí, fiel á mi palabra, al cuarto de Matilde, que ya debía de estar esperándome impaciente.

* * *

Irene no volvió á la vida después de su desmayo. ¡Mis besos la habían matado! «Murió de amor la desdichada Elvira,» que dijo el poeta.

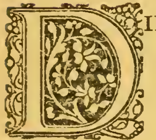
Por eso les decía á ustedes—y don Juan volvió á sonreir melancólico—que yo había tenido la desgracia de ser amado con amor de *verdad*.

Y después de una pausa:

—¡Ah, la pobre Irene! ¡Nunca me consolaré de su muerte!


MANUELA





Diez minutos no más tardaría Manuela en recorrer la distancia que media entre la Montaña del Príncipe Pío y la calle de la Cava.

Alguna patrulla de mamelucos, al ver á aquella mujer manchada de sangre, las ropas destrozadas, el cabello suelto sobre la espalda, como una bandera negra, los ojos de espanto, que corría y corría furiosa, dispararon sobre ella sus fusiles.

Manuela, sin volver la cabeza, seguía su carrera loca, y contestaba á las descargas con furiosas imprecaciones.

—¡Cochinos! ¡Cobardes! ¡Franchutes!

Al llegar á la calle de la Cava se

detuvo un momento, agotadas ya todas sus energías físicas.

—¡Ay, me muero!

Sentía un ardor en la cabeza. ¡El ardor de la fiebre! Y le parecía que el corazón, en su palpitar furioso, iba á salírsele del pecho. Pero pronto se repuso.

—¡Puñales! ¿Es que me voy á desmayar como una damisela?

Y nuevamente echó á correr agitando al aire su cabellera, negra como pendón de muerte.

—¡Madre! ¡Madre!

Una vieja, toda arrugas y canas, apareció, alumbrándose con un candil, en la puerta de la tienda de vinos señalada con el número 52.

—¡Hija! ¡Manuela!

—Aquí estoy.

—¿Sola?

—Sola.

—¿Y tu padre? ¿Y tu marido?

—Allá quedan.

—¿Dónde?

—En la Montaña del Príncipe Pío.

—¿En la Montaña?

—Sí.

—¿Y qué harán con ellos?

—Matarlos.

—¡Jesús! ¡Dios mío!

La vieja prorrumpió en sollozos.

—¿Matarlos? ¿Dices que matarlos? ¿Y por qué?

—Por patriotas.

La vieja se encogió de hombros.

—¡Por patriotas!

El candil tembló en sus manos haciendo oscilar la luz.

—¡Por patriotas! ¿Y qué es eso? ¿Qué delito es ese?

No podía hablar, atragantada por los sollozos.

—¡Si ya se lo decía yo! ¿Qué más da Juan que Pedro? Mande el que mande, español ó francés, á los pobres nos irá siempre mal. Pero no han querido oirme y se han buscado su perdición.

Como respuesta á las palabras de su madre, Manuela gritó indignada y furiosa:

—¡Viva Fernando! ¡Viva España! ¡Muera Napoleón!

—¡Qué vas á comprometernos!—gimió la vieja.

Dos guardias polacos atravesaron en aquel momento la calle al correr frenético de sus caballos.

La manola se echó á reir al verlos.

—¡Llegan á tiempo!

Y adelantándose hasta los ginetes, á riesgo de ser atropellada:

—¡Eh, amigos, un jarro de vino! ¡Yo convido! ¡Viva Napoleón!

Los soldados pararon en firme sus caballos, y después de examinar temerosos á la mujer deliberaron en voz baja.

—¡Vino! ¡Nos ofrecen vino para la sed!

—¿Bajamos?

—¡Por mi!...

—Un jarro nunca es de despreciar.

—Eso digo yo.

—Son mujeres.

—No hay que fiarse, sin embargo.

—Si; en este maldito país, las mujeres son de temer tanto como los hombres.

—Beberemos un jarro y nos iremos.

—Bueno; pero nada más que un jarro.

Descendieron de los caballos, y alumbrados por Manuela entraron en la taberna.

—Madre, usted quédese en la calle para cuidar de las caballerías.

La maja de pie, veía beber á los soldados.

—¡Vaya un vinillo, ¿eh? señores! ¡De lo mejor que produce la tierra! Voy á servirles otros jarros. Esto se bebe como agua. Dirán ustedes: ¿pero, por qué nos convida esta mujer? Voy á contestarles. Porque siento una gran simpatía por los franceses. Mi abuelo era de París de Francia. Murat, á quien he visto varias veces, es un gran mozo. Buena jornada la de hoy, ¿eh? amigos. ¡Vaya una ensalada do tiros! Beban ustedes sin miedo. Este vino no hace daño. ¡Igual no lo cata ni Napoleón! ¿Conque ustedes son franceses? ¡Cuánto me alegro! Ya les he dicho que mi abuelo... ¿Y los mamelucos son también de París? ¿Quieren ustedes otro jarro de vino? Con franqueza. ¡Aquí todo está pagado! ¡Viva Napoleón!

Los soldados asentían con gestos de aprobación á las palabras de la maja, algo desconcertados ante la charla de aquella mujer, á la que apenas entendían.

—¡Ah! ¿Ustedes no *comprender?* Yo creía... ¡Como el español es tan fácil!... Yo tampoco entiendo una palabra de franchute. Y eso que ya les he dicho que mi abuelo...

Y sonriéndose, para mejor ocultar el sentido de sus palabras, los insultó.

—¡Cochinos! ¡Hijos de...! ¡Canallas! ¡Ladrones!

Los soldados se sentían satisfechos. Después de la penosa jornada del día no les venía mal aquel descanso. Y el vino, como bueno, era bueno. Y la mujer, la mujer... *¡mon Dieu, épatante!*

Manuela, impávida, seguía increpándolos:

—¡Bebed, emborracháos, hijos de malas madres! ¡Bebed, asesinos! ¡Bebed, herejes!

Al sexto vaso de vino, los soldados estaban ya borrachos. Manuela, de

pie frente á ellos, los observaba nerviosa.

—¡Otro cuartillo, señores! ¡Vamos á brindar! ¡Por la cochina Francia! ¡Por el cochino Napoleón!

Uno de los guardias se permitió tocarla la cara. La maja se sonrió.

—Gracias, gabacho.

Y apretando los dientes, en voz baja:

—...¡Consentido! ¡Ya me las pagarás!

Otra vez los soldados deliberaron en voz baja.

—Me gusta esta mujer.

—Y á mí.

—Para los dos.

—Para mí.

—Somos compañeros.

—Sí; pero tú eres casado.

—¿Y eso qué importa?

—Yo primero.

—Bueno.

—Pero de prisa, que es tarde.

—Sí, de prisa.

Manuela seguía observándolos.

—¡Ya son míos!

Uno de los soldados, el que pare-

cia más joven, se puso de pronto en pie, apuntándola con una de sus pistolas.

—*¡Mademoiselle!*

La maja se echó á reir, con risa que daba espanto oirla.

—¿Qué quieres, *gabacho?*

—¡Mademoiselle!

—¿Qué quieres?

Y corrió á refugiarse en un rincón de la tienda.

El soldado, tambaleándose, avanzó hasta ella.

—¡Cuidado!—gritó Manuela.

Y arrojándose de repente sobre él le arrancó la pistola de la mano.

—¡Cobarde! ¡Ya verás tú de lo que es capaz una madrileña!

Apuntó y disparó. El soldado cayó al suelo blasfemando.

—¡Por mi marido!

Luego volvió el arma contra el otro soldado que al ver caer á su compañero se había puesto en pie blandiendo su sable.

Sonó una nueva detonación.

—¡Por mi padre!

La vieja entró despavorida en la tienda.

—¡Hija! ¿Qué has hecho?

—¡Vengarme! ¡Vengarte!

Y después de unos momentos de silencio:

—Demos libertad á estos caballos... Arrojemos estos cadáveres á la cueva.

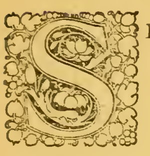
La vieja elevó las manos á lo alto, sollozando:

—¿Pero por qué han de ocurrir estas cosas entre los hombres?



ARTES FEMENINAS



E trataba de contar una historia muy interesante. El café, recién servido, humeaba en las tazas y las risueñas fisonomías de los convidados indicaban que se había comido y bebido bien.

—Vamos á ver—preguntó un señor grave que se sentaba al lado de la dueña de la casa: —¿Qué clase de historias prefieren ustedes? ¿Trágicas? ¿Cómicas? ¿De amor? ¿De dinero?

Sonaron á coro varias voces femeninas:

—¡De amor! ¡De amor!

El señor grave hizo un gesto de disgusto.

El amor es un peligro á la hora de la digestión.

Entonces mi vecino de la derecha exclamó con tono jactancioso, acariciándose su bigote á lo Rostand:

—¿Una hisforia de amor? Pues bien: yo voy á referiros una interesantisima.

Todos nos dispusimos á escucharle, mientras él tomaba un sorbo de café y encendía un habano:

—Ante todo—principió,—debo declarar á ustedes que la protagonista de mi historia es mujer bastante conocida y que, por tanto, creo oportuno reservar su nombre.

—Sí; ya sabemos que es usted hombre discreto, señor Fernandez—interrumpió la señora de la casa.

—Los comienzos de esta aventura—continuó el narrador,—fueron verdaderamente extraños. Hace pocos meses, recibí una carta concebida poco más ó menos, en estos términos:

«Caballero: una pobre mujer enferma y triste—¡muy enferma y muy triste!—desea hablarle á usted unos momentos y le ruega venga esta noche á las doce á visitarla. El rue-

go de una mujer es siempre un mandato para todo caballero. No lo olvide usted.»

Y más abajo el nombre de una calle y el número de una casa. Y nada más. Ni una firma, ni siquiera una inicial, ni un solo indicio por el cual pudiera venir en conocimiento de quien era la extraña autora de aquella extraña carta. Como comprenderán ustedes, la aventura me pareció interesante y no dudé un solo momento en acudir á la cita. A las doce en punto ya estaba llamando á la puerta de mi desconocida.

Salió á abrirme una doncella.

—¿La señora?—pregunté.

—Pase usted adelante.

No hablamos una palabra más: el misterio continuaba. Me dejaron solo en una habitación amueblada elegantemente, y pocos momentos después volvió la doncella.

—La señora espera á usted—dijo haciéndome una seña para que la siguiese.

Entramos en una alcoba mal

alumbrada por una lámpara de alabastro, á cuya escasa luz pude ver, tendida en amplio lecho, á la protagonista de esta historia.

La doncella nos dejó solos obedeciendo á una indicación de su señora, y yo tomé asiento junto á la cama, en una silla que habían colocado allí en espera de mi visita, sin duda.

Aquí el narrador se interrumpió algunos momentos para tomar un sorbo de café.

Despuás, continuó:

—Yo estaba algo desconcertado y no sabía qué decir. Mientras tanto, mi bella desconocida,—porque se me había olvidado decir á ustedes que así, de primera impresión, aquella mujer me parecía hermosísima,—me miraba fijamente.

—¡Oh, ya sabía yo que vendría usted!

Y me ofreció su mano, que yo me apresuré á estrechar entre las mías.

Entonces, á media voz, con palabras que eran más bien suspiros, me

refirió toda su historia, una historia vulgar y sin interés, de amor no correspondido, de engaños y de traiciones...

—¡Oh, Dios mío!—exclamó por fin, como resumen.—¡Qué desgraciada soy!...

Y se echó á llorar.

Yo procuré consolarla y lo conseguí.

—Pero, en fin—me dijo impaciente.—¿No me conoces?

La miré fijamente á la cara. ¡Vaya si la conocía! ¡Como que aquella mujer había sido uno de los grandes amores de mi vida!

—¡Torpe de mí! ¡Pero si tú eres Encarnación!

La respuesta fué una carcajada. Eramos amigos, amigos antiguos.

—¿Sabes que estás muy bonita?—la dije estrechando sus manos apasionadamente.

—¿Te parezco bien?—Y acompañando sus palabras de una sonrisa:—¡Tampoco tú estás del todo mal!

Luego hablamos de la época ¡ya tan lejana! de nuestros pasados amores, de lo felices que habíamos sido en aquel tiempo...

—¡Dios mío—dijo.—¡Qué insensatos hemos sido matando nuestra felicidad!

—No... Todavía podemos ser felices.—le contesté estrechando sus manos con pasión.

—No... ¡ya no es posible!... ¿Y mi marido?

—¡Bah! ¡Tu marido! Un hombre que te abandona á los dos años de matrimonio...

Poco á poco me había ido aproximando á ella. ¡La batalla estaba ganada!

De pronto sentí abrir la puerta de la alcoba. No tuve tiempo ni aun para apartarme de su lado y adoptar una postura conveniente.

Encarnación, al ver la cara del importuno visitante, lanzó un grito de espanto:

—¡Mi marido!...

Después... ¡Bah! ya se lo su-

pondrán ustedes. Una escena trágica que tuvo por remate un desafío, del cual salí ligeramente herido.

Terminado el lance, mi contrincante me envió por medio de sus padrinos una carta, en la que leí lo siguiente:—«Esta noche á las doce recibiré en mi alcoba, la visita de mi antiguo amigo Fernández. Si quieres acompañarnos...»

Me quedé estupefacto. Aquella carta llevaba la firma de Encarnación.

—¿De modo?— interrogó la dueña de la casa.

—Que aquella mujer—contestó con tono de despecho el señor Fernández, — quería reconciliarse con su marido y urdió el plan diabólico de citarnos á los dos á una misma hora para que nos encontráramos en su alcoba y surgiera el consiguiente conflicto.

. . . .

—La moraleja de esta historia voy á decirla yo,—exclamó el señor grave.

Y después de unos momentos de silencio:

—¡Que Dios nos libre de las mujeres!

—¡Amen!—respondieron á una todos los comensales.

EL SINO



LUGAR DE LA ACCIÓN.—UN JARDÍN DE VEGETACIÓN EXHUBERANTE Y EXTRAÑA.—UNA FUENTE QUE CANTA EL RUMOR DEL AGUA.—NOCHE MUY OBSCURA.

Personajes: CLARA *y* LA SIBILA

CLARA

Vengo muerta.

¡Oh, gracias á Dios que he llegado! ¡Qué largo el camino, qué interminable!

Yo corría, corría, jadeante, sofocada, sin alientos, sin fuerzas y la carretera se prolongaba, se alargaba cada vez más.

Sombras misteriosas me perse-

guían, ¡todos los fantasmas del miedo! Sí, la casa de la Sibila debe de ser esta casa de misterio. Tengo miedo, quisiera huir...

LA SIBILA

Alguien ha entrado en el jardín.

CLARA

¡Oh, en la fuente hay una sombra, una mujer...

¡La Sibila!

LA SIBILA, *levantándose*

Niña, ¿qué buscas aquí?

CLARA

¡Perdóneme usted! venía á consultarla... Déjeme usted que me vaya, tengo miedo, mucho miedo...

LA SIBILA

Vamos, levántate y tranquilízate: ven aquí, conmigo, yo no hago mal á nadie.

¿Qué quieres saber? ¿tu porvenir?

CLARA

¡Sí! vengo á usted ansiosa de ave

riguar... quiero conocer el misterio de mi vida.

LA SIBILA

Todo lo sabrás, pero tranquilízate; vamos á la fuente. Estás temblando, pobre cordera.

CLARA, *llorando*

¡Oh, Dios mío!

LA SIBILA

Llora si eso te hace bien; siéntate, estás muy nerviosa; llora, eso te calmará.

CLARA

¡Perdóneme usted!

LA SIBILA

Dios te bendiga, hija de Eva; ¡hermosa te han hecho tus padres! mucho daño vas á hacer á los hombres.

CLARA

¿Le parezco á usted hermosa?

LA SIBILA

Nada temas de mí. Yo soy una

bruja que bien pudiera ser una santa; tranquilízate.

Me acerco á tí, con las manos llenas de verdades; pero has de oir mis palabras como si fueran sentencias.

CLARA

¡Sí! creo en el misterio, creo en todo lo sobrenatural y extraordinario.

LA SIBILA

La fe te salve. Dame tu mano; la izquierda; ¡hermosa joya de carne! Tan blancas y tan suaves como las tuyas fueron un tiempo las mías; un tiempo, y ahora míralas... manos propiamente de bruja, de uñas largas y encorvadas como las de nuestro padre Satanás.

¡Malhaya la joven que llega á vieja! ¿Tú no sabes quién soy yo?

CLARA

No sé... me han dicho que es usted una mujer extraordinaria, conocedora de la ciencia de la vida, para quien el porvenir no tiene secretos. Y yo necesito saber... me siento con

fuerzas para todo, pero dudo á veces, pero tengo miedo de mí misma.

LA SIBILA

Sí, no te han engañado; yo soy una mujer extraordinaria, conocedora de la ciencia de las ciencias, yo soy el oráculo de la verdad.

Mira, yo he conocido la vida viviendo; mi gran saber es la experiencia; he sufrido mucho porque he amado mucho.

Luego, el tiempo me ha hecho vieja y enamorada del misterio, he aprendido el arte fabuloso de la alquimia en los romances del marqués de Villena y he estudiado con los augures el canto de los pájaros y con los quirománticos la adivinación del porvenir por el examen de las planicies, montes, surcos y líneas de las manos; yo sé leer en los setenta y ocho cartones jeroglíficos del libro de los egipcios llamado *Taro;* yo poseo el secreto del elixir de larga vida, descubierto por *Ahasverus,* el llamado judío errante; yo sé el medio para enamorar á los hombres;

yo conozco el bálsamo que cura el dolor de amar y apaga el fuego de la concupiscencia...

Yo soy lo que el vulgo llama una hechicera, una maga, una bruja... yo lo sé todo... y no sé nada.

CLARA

¡Oh, pues hable usted!

LA SIBILA

¡Mano de reina! ¡Brazo de diosa Tú serás lo que quieras ser; tú llegarás donde quieras llegar.

CLARA

Gracias por sus palabras de esperanza; ¿pero qué le dicen á usted las rayas de mi mano?

LA SIBILA

Más me dicen los ojos de tu cara. La mujer vence por su belleza: ese es el gran talisman y tu vencerás siempre que quieras, hasta que el tiempo te venza á tí y mate tu juventud, como ha matado la mía.

CLARA

¡Qué gozo! ¡Venceré!

LA SIBILA

Pero ¡ay de ti! si te enamoras. Para triunfar en la vida, estorba un poco de corazón: hazte querer de uno... ó de muchos; pero tú... quiérete á ti misma.

CLARA

Triste destino el mio entonces. Yo no quiero vivir para mí sola: mi alma se desborda de amor; yo quiero amar y ser amada.

LA SIBILA

¡Me das lástima, pobre cordera! Sí, triste destino el tuyo; vas á ir por la vida, con el corazón en la mano, ofreciéndoselo á los hombres; todos tomarán de él un poco, un cachito y al cabo te encontrarás con que has repartido tu corazón á pedazos, entre unos y otros, sin haber encontrado el hombre de tus deseos.

CLARA

¡No! Yo entregaré entero mi corazón sólo á aquel á quien ame.

LA SIBILA

Dios te depare pronto á ese hombre. Porque en amor no hay mujer que no se equivoque y de equivocación en equivocación, puedes irte dejando, como te he dicho antes, en manos de unos y de otros, ese corazón que quieres conservar entero para uno solo.

CLARA

¿Pero seré feliz, seré desgraciada?

LA SIBILA

La vida es un camino muy largo: ándalo deprisa: al final encontrarás la felicidad: algunos la representan en forma de esqueleto, llevando una guadaña en la mano.

Se llama la muerte.

CLARA

¡Qué horror!

LA SIBILA

Pero no te asustes. Ya te he dicho que el camino es largo y hay muchos que lo recorren riendo. La cuestión está en no preocuparse de nada; diviértete tú y deja sufrir á los demás.

CLARA

Me asusta usted.

LA SIBILA

¿Por qué? Ten fe en mis palabras y ya verás. La vida es una farsa: diviértete, goza lo que puedas.

¿El mal? ¿El bien? No te preocupes de eso: sé buena ó mala, según te convenga. Y ríete de todo, hasta de tí misma.

CLARA

No la entiendo á usted.

LA SIBILA

Ya me entenderás con el tiempo. Mira, ya ves que yo soy una bruja á la moderna, que toda mi ciencia consiste en haber vivido. Tu mano

me dice sólo que eres bonita: no quiero engañarte con falsas predicciones, pero te aseguro, que, si sigues mis consejos, la vida será para tí un hermoso camino de flores.

CLARA

Usted cree... pues la prometo obedecerla en todo.

LA SIBILA

Temo que te pierda el corazón, como me perdió á mí, cuando tenía tus años. ¡Es tan hermoso el amor!... Y no tengo más que decirte: adiós, hija de Eva, goza del mundo lo que puedas.

Si la serpiente llega á ti, tentadora, con la manzana en la boca, cómela, devórala. Tu mano... quiero besártela, reina, reina del amor. ¡Adiós!

CLARA

Adiós... Me separo de usted intranquila, nerviosa, preocupada, casi loca...

¡Ay mi pobre cabeza! ¡Ay mi

pobre corazón! Sus palabras me han hecho mucho daño; quizás me han hecho mucho bien... no sé lo que pienso... no sé lo que siento... estoy aturdida... Gracias por sus consejos. Adiós.

LA SIBILA

Que la vida te sea leve. Adiós.

FIN

ADVERTENCIA DEL EDITOR

La prematura muerte de don Miguel Sawa le sorprendió en el curso de las negociaciones entabladas con esta casa para la publicación de sus Cuentos de Locos.

La señora viuda de Sawa, á quien nos complacemos en reiterar desde estas páginas nuestro sincero agradecimiento por las facilidades que nos ha dado para el feliz término de nuestro cometido, tuvo la bondad de proporcionarnos nuevos cuentos del exquisito y malogrado narrador para completar este volumen.

Son estos los que aparecen al fin de la obra; y aunque por su asunto diverjan de la tónica de los Cuentos de Locos, su inclusión aquí ha de satisfacer á todos cumplidamente, pues permitirán al lector completar la semblanza literaria de Sawa, y harán de este libro un homenaje más completo al amigo cuya pérdida acerba lamentamos.

ÍNDICE

ESTE LIBRO QUEDO IMPRESO EN BAR-
CELONA, EN LA CASA EDITORIAL
DE EDUARDO DOMENECH,
CONSEJO DE CIENTO, 321,
EL 23 DE DICIEMBRE
DE 1910



OBRAS PUBLICADAS

ALMAS ANÓNIMAS, (inédita) por Eduardo Marquina.

MANZANA DE ANÍS, por Francis Jammes, *trad. E. Díez-Canedo.*

EL CASO LEAVENWORTH, por A. K. Green, *trad. Emilio. M.ª Martínez.*

JACOBÉ, por Joaquín Ruyra, *trad. José Carner.*

ZALACAÍN EL AVENTURERO, (inédita) por Pío Baroja.

JUVENTUD DE PRÍNCIPE, por W. Meyer-Förster, *trad. Eduardo Marquina.*

TOM SAWYER, DETECTIVE, por Mark Twain, *trad. Emilio M.ª Martínez.*

EL AMOR CATEDRÁTICO, (inédita) por G. Martínez Sierra.

LA ENJUTA, por Víctor Catalá, *traducción M. Domenge Mir.*

¡DIOS SALVE Á LA REINA!, por Allen Upward, *trad. A. de la Pedraza.*

LA BELLA DORMÍA EN EL BOSQUE... por François de Nion, *trad. B. G. de Candamo.*

REBELDÍA, (inédita) por Joaquín Dicenta.

EL SEÑOR DE HALLEBORG, por A. de Hedenstjerna, *trad. Gabriel Miró.*

KOLSTOMERO, (historia de un caballo) por el Conde León Tolstoï, *trad. José Carner.*

CASA POR ALQUILAR, por Carlos Dickens, *trad. Manuel de Montoliu.*

MINNIE, por A. Lichtenberger, *traducción A. Albert Torrellas.*

EL DRAGÓN DE FUEGO, por Jacinto Benavente.

ERNESTINA, (inédita) por Prudencio Bertrana, *trad. Mario Aguilar.*

BODA OFICIAL, por R. H. Savage, *traducción A. de la Pedraza.*

EL HURTO SABROSO, (novela árabe), *traducción José Carner.*

REY EN LA TUMBA, por Anthony Hope, *adaptación de A. Albert Torrellas.*

FAUSTO, por Ivan Turgueneff, *traducción de Melchor Casas.*

EL SILENCIO, por Eduardo Rod, *traducción de Silvano Imaz.*

APUNTES DE UN DESCONOCIDO, por Fedor Dostoyeusky, *trad. B. G. de Candamo.*

LAS CEREZAS DEL CEMENTERIO, (inédita) por Gabriel Miró.

EL ESPADA MONTES, por Frank Harris, *trad. de José Farrán y Mayoral.*

Jerusalén en Dalecarlia, por Selma Lagerlöf, *trad. de Pedro Llerena.*

La voz de las campanas, por Carlos Dickens, *trad. de Melchor Casas.*

Historias de Locos, (inédita) por Miguel Sawa.

APARECERÁ DENTRO DE 15 DÍAS

NERTO

DE FEDERICO MISTRAL

con autógrafo
y
retrato del autor

TRADUCCIÓN DE B. MORALES SAN MARTÍN:

: : : : ILUSTRACIONES DE JUNCEDA : : : :

APARECERÁ POSTERIORMENTE

SUS HERMANAS

HENRI LAVEDAN



Traducción de A. de la Pedraza

EN PREPARACIÓN

¿Culpable?

POR W. LE QUEUX



TRADUCCIÓN DE A. ALBERT TORRELLAS

EN PREPARACIÓN

El Reflujo

DE R. L. STEVENSON



TRADUCCIÓN DE VÍCTOR OLIVA

En preparación

la sentidísima novela

de fama mundial

del insigne novelista americano

JORGE ISAACS

: MARIA :

La edición de esta obra á cargo de la Biblioteca Domenech *será la mejor de cuantas se hayan pu- : : : : : blicado : : : : :*

LA ILUSTRARÁ PROFUSAMENTE

EL CELEBRADO DIBUJANTE

: : J. JUNCEDA : :

EN PREPARACIÓN

EL LUNAR

POR ALFREDO DE MUSSET



TRADUCCIÓN DE JOAQUÍN GALLARDO

EN PREPARACIÓN

LA PUÑALADA

POR MARIÁN VAYREDA



TRADUCCIÓN DE JOSÉ CARNER